

LAMARQUE DE NOVOA, JOSÉ (1828-1904)

SUEÑOS DE PRIMAVERA

(Leyendas)

INDICE:

Introducción

LA PEÑA DE MARTOS

Leyenda primera

Al Sr. D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca, caballero profeso del hábito de Alcántara, Gentil-hombre de Cámara de S. M. con ejercicio, etc., en prueba de afectuosa amistad y consideración

DESDICHAS DE UNA REINA

Leyenda segunda

A mi muy querido amigo el eminente poeta e ilustrado crítico Señor D. José Fernández Espino, catedrático de literatura de la Universidad Literaria de Sevilla, diputado a Cortes, etc.

Primera parte. -El esposo

Segunda parte. -El padre

Tercera parte. -La hermana

ELVIRA DE LEDESMA

Leyenda tercera

A mi buen amigo el distinguido literato Señor Don Gonzalo Segovia y Ardizzone, en prueba de consideración y aprecio

LA PRIMERA VUELTA AL MUNDO

Romance histórico

Al Sr. D. Luis Vidart, ilustrado filósofo y distinguido crítico, en prueba de sincera amistad

ADIÓS A MI LIRA

INTRODUCCIÓN

Pasó el helado invierno: su nívea cabellera
hundió en el hondo seno del turbulento mar:
Alegre ya sonrío la grata Primavera,
ceñida su alba frente de rosas y azahar.

Ostentan las praderas su pompa y galanura,
el serpeante arroyo murmura en dulce son,
los árboles se visten de mágica verdura
y en ellos alza el ave su plácida canción.

No gime ya en los bosques el aquilón bravío,
ni empañan negras nubes el horizonte azul;
tranquilo se desliza el sonoro río
entre el flexible sauce y el lánguido abedul.

¡Oh dulce Primavera! Al contemplar tu cielo
por entre el verde manto de agreste pabellón,
tus olorosas flores, tu sol puro y sin velo,
en paz respira el alma, se ensancha el corazón.

Llegad, llegad, oh bellas, las que en fatal desmayo
la perdida lloráis de algún infausto amor;
sentid las frescas auras del floreciente Mayo,
y ved del sol poniente el rayo temblador.

Llegad, llegad al campo: feliz melancolía
y dulces esperanzas encontraréis en él:
Allí las ilusiones de amor y la alegría
renacen cual las galas del plácido vergel.

¡Cuán bella, rodeada de céfiros y flores,
gentil la Primavera cruzando el aire va!
El genio es de la vida que ahuyenta los dolores
al poderoso acento del fuerte Jehová.

Yo siento convertirse el estro que me inspira
a su presencia grata en fuego abrasador;
y pulso delirante mi abandonada lira,
y ensueños mil de gloria me cercan y de amor.

Su velo ante mis ojos descorre lo pasado
y mil recuerdos vienen mi mente a iluminar;

huir miro los siglos, y débil, fatigado,
por raudo torbellino me siento arrebatat.

Y en la callada noche, al rayo Macilento
de la argentada luna, cual mágica visión,
envuelto en parda niebla, por la región del viento
de espectros miro alzarse fantástico escuadrón.

Mas no son negras sombras de inicuos opresores,
terror del mundo todo, las que mis ojos ven;
no son, no, de Tarquino los bárbaros horrores,
ni de Nerón los vicios y las maldades cien.

Son fúlgidas visiones de apuestos paladines
y de gentiles damas que, en no remota edad,
en justas y torneos o en plácidos festines
mostraban su destreza, su amor o su lealtad.

Y admiro con asombro, de seres olvidados
ejemplos de heroísmo, de astucia o de virtud,
y entonces doy al viento sus nombres ignorados,
y canto sus historias al son de mi laúd.

Ven dulce Primavera, y ofrece al alma mía
ensueños mil de gloria, imágenes de amor...
Por ti del mundo olvido la injusta saña impía;
el lauro por ti anhelo que ciñe el trovador.

LA PEÑA DE MARTOS

(Leyenda primera)

Al Sr. D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca, caballero profeso del hábito de Alcántara, Gentil-hombre de Cámara de S. M. con ejercicio, etc., en prueba de afectuosa amistad y consideración

I

La muerte del valido

Gran tumulto hay en Palencia
nobleza y plebe se agitan;
un triste acontecimiento
la mente de todos fija,

y hacia la morada regia
las turbas se precipitan.

Allí el cadáver de un hombre
en el umbral se divisa,
el rostro desfigurado,
bañado en su sangre misma,
que horror y lástima a un tiempo
al contemplarle infundía.

El pueblo le reconoce...
Noble, muy noble es la víctima;
de regia estirpe descende,
la plebe su fausto admira,
y, valido del monarca,
los cortesanos le envidian.

Es don Juan de Benavides,
poderosa es su familia;
venganza tomará el rey,
Dios al matador asista.

Presto la noticia cunde
de maldad tan inaudita,
y al Palacio, presurosos,
alarde haciendo a porfía
de lealtad, acuden condes,
caballeros de alta guisa,
hijos-dalgos y escuderos,
y el clero también envía

representantes que expresen
al monarca de Castilla,
el dolor que experimenta,
la indignación que le anima
contra el autor ignorado
de tan fiera alevosía.

Ya en el salón de Consejos
reunidos todos se miran,
y con inquietud esperan
del monarca la venida.

Hay algunos que en voz baja
sobre el hecho mil noticias
increíbles, aventuran:

Quién del suceso, la intriga
de algún monarca extranjero
da por causa, quién la envidia
de un magnate cuyo nombre
mentar expuesto sería,
y no falta quien lo achaque
a la anhelante codicia
que en los deudos del finado
sus riquezas encendían;
que por gozallas más presto
frugaron tal villanía.

Mas todos, todos presienten
que atroz será la justicia,
y con misterio murmuran:
«Noble, muy noble es la victima,
y el rey tomará venganza;
Dios al matador asista.»

II

La sospecha

Abriose al fin una puerta
de la magnífica estancia,
y un paje anunció a la Corte
la presencia del monarca.

Vistiendo acerada cota
y sobre ella de escarlata
rica túnica, de oro
y zafiros recamada,
y en sus hombros regio manto
de velludo, do resaltan
esmeraldas y rubíes
y blancas pieles de Arabia;
de fino temple al costado
ciñendo tajante espada,
y a sus sienes real diadema,
cuyo brillo al sol iguala,
el rey don Fernando el cuarto
de su Corte a las miradas
mostrose, con faz severa
y con gentil arrogancia.

Todos a su pasó inclinan
la frente; cada uno aguarda
para sí grato saludo,
o tal vez una palabra
del rey... pero en vano: él sigue
mudo y severo su marcha,
y preocupado subiendo
del alto solio las gradas,
siéntase, y con voz que indica
la mal comprimida rabia,
así con pausado tono
a sus cortesanos habla:

«Prelados y nobles condes,
ricos-homes que la guarda
y defensa habéis del reino,
caballeros, cuya espada
blandisteis siempre en defensa
de justas y buenas causas,
y vosotros servidores
de mi persona y real casa,
publicad, si lo sabéis,
el nombre del que villana
y torpemente ha manchado
sus manos, de sangre avaras,
en la del fiel Benavides,
a las puertas de mi Alcázar.

Decidme quién fue el malvado
que inventó tan negra trama
contra el mejor caballero
con que Castilla se honraba.

Decidlo, decidlo presto...
Una sospecha me basta,
pues os juro por quien soy
que su cabeza en la plaza
rodará, y hasta sus nietos
ha de alcanzar mi venganza.»
Siguió silencio profundo
a esta terrible amenaza;
ninguno en el rey airado
la vista fijar osaba,
y en vez de hombres parecían
los cortesanos estatuas.

«¿No hay ninguno que conozca
al autor de tal infamia,
-prosiguió con ronco acento
el irritado monarca-,
o es que el temor vuestras lenguas
con lazos indignos ata?
¿Impune quedará el crimen?
¿Libre el matador?... ¡Oh rabia!

Mas... ¡qué luz! ¡ah! ya adivino:
No hay duda, siempre sus casas
rivales fueron; vencidos
los vi por su fuerte lanza;
ellos son... los Carvajales:

Con esta tan noble hazaña
borrar quisieron la afrenta
que el vencimiento les causa.
¡Traidores! ah, yo les juro
que el manto de Calatrava
el verdugo de sus hombros
ha de arrancar: deshonrada
su estirpe verán, y luego...
Dios se apiade de sus almas.»

Dijo: despidió a su Corte
con inseguras palabras,
e internose macilento
por las vecinas estancias.
Cual hojas del viento heridas
los cortesanos temblaban;

mudos de terror oyeron
la sentencia fulminada,
y al abandonar sumisos
el regio y suntuoso Alcázar,
llenos de temor y dudas
con tenue voz murmuraban:

«¿Será verdad? Y los hijos
de familia tan preclara,
habrán sobre ella intentado
echar tan horrible mancha?
Tal vez injustas sospechas...
¡Oh, qué golpe les aguarda!
Si morirán... ¡dura suerte!

Su sentencia está dictada,
que el rey don Fernando el cuarto
es terrible en sus venganzas.»

III

Tirano y víctimas

De Palencia partió el rey
por sus huestes precedido,
y hacia Martos se dirige
silencioso y pensativo.

No va de su Fe y su patria
a combatir enemigos,
sino a saciar, insensato,
sus vengadores instintos.

En vano el bético suelo,
de ricas galas vestido,
risueño a su paso muéstrale
sus pomposos atractivos.

Canoras aves en vano,
con sus melodiosos trinos,
en dulce canto de amares
vienen a halagar su oído:

Que él, en alazán soberbio,
siguiendo audaz su camino,
sólo en su cruel venganza
tiene el pensamiento fijo.

Por ella hasta el amor puro
de su patria da al olvido,
y odioso será por ella
a los venideros siglos.

Ya desde lejos divisa
el alto y fuerte castillo,
ayer morada de infieles,
hoy de cristianos asilo.

Allá en una de sus torres,
blanca como piel de armiño,

flotar vese una bandera
del céfiro al blando giro.

Roja cruz tiene en su centro,
santo y noble distintivo
que ostentan de Calatrava
los caballeros invictos,

terror de la gente mora,
nunca en la guerra vencidos,
honor y prez de su patria
por su lealtad y heroísmo.

Allí están los Carvajales,
que comendadores dignos
son de la Orden, y jefes
de aquel murado recinto.

Por eso veloz a Martos
camina el monarca altivo;
venganza pide a sus ojos
la sangre de su valido,

y del Potente juzgando
ser intérprete divino,
olvida, torpe, en su orgullo
que está ofendiendo a Dios mismo.

Marciales trompas anuncian,
del real viajero el arribo,
vítores pueblan el aire,
y ponderoso rastrillo
sobre el foso descendiendo
da paso al Rey, que seguido
ya de hueste numerosa
que para escoltarle vino.

Formados los caballeros
a la entrada del castillo
míranse ya, y a rendir
el homenaje debido
al rey de Castilla llegan,
más que todos decididos,
los hermanos Carvajales;
mas, ah, que al doblar sumisos
la rodilla ante el monarca,

él les dice enfurecido:

«¡Alzad, miserables! Nunca
los traidores y asesinos
merecieron la alta honra
de ser servidores míos.»

Y dirigiéndose luego
a sus capitanes, dijo:
«Prendedlos; y que cargados
de esposas y férreos grillos,
sean a la lóbrega cárcel
de esta mansión conducidos.»

Amenazante murmullo
se alzó al oír el indigno
mandamiento del tirano,
mas pronto quedó extinguido;
y hasta las ilustres víctimas
de proceder tan inicuo,
trémulos también ahogaron
de su indignación el grito.

Así el austro fiero, en torno
de audaz, pirata navío,
ruge, conmueve las ondas,
y amenaza destruirlo.
Mas serénase, y a poco
torna el corsario atrevido
a saciar en cien bajeles
su ciego furor impío.

Con altivez el monarca
gozoso mira su triunfo,
y aparentando sereno
rostro, y corazón tranquilo,
a oculto aposento llega,
por sus magnates seguido,
de sus nobles prisioneros
a meditar el castigo.

IV

El emplazamiento

Pardas nubes se amontonan
en el ancho firmamento,
y el sol oculta medroso
su cabellera de fuego.

Pálida centella a veces
rasgo de la nube el seno,
y ronco trueno distante
ruge en prolongados ecos.
En la llanura de Martos,
cabe el monte giganteo
que entre las nubes se pierde
y llegar parece al cielo,
presa de dolor y espanto
vaga numeroso pueblo,
presagiando en sus murmullos
un triste acontecimiento.

Triste, sí; que ya se acerca
el duro instante supremo,
en que los nobles hermanos,
víctimas del error ciego
de injusto rey, que no abriga
piedad ni amor en su pecho,
en afrentoso suplicio
darán su postrer aliento.

Ya tras el erguido muro,
los aires estremeciendo,
confusas voces se escuchan
y rumor de armas siniestro.
Y en la fuerte barbacana
del Castillo, el pendón regio
vese ondear en la mano
del jefe de los arqueros.

Allí se halla el rey, su rostro
lívido está, mas sereno:
Gozar quiere en su venganza,
que es su corazón de acero.

Ya del murado recinto
las anchas puertas se abrieron,
y entre guardias aparecen
los desventurados reos.

No ya el noble distintivo
de la cruz orna sus pechos,
mas de Calatrava algunos
esforzados caballeros,
clementes los acompañan
su inocencia comprendiendo,
sin temor al duro encono
del rey poderoso y fiero:

Y dos freires de la Orden,
con dulce y piadoso acento,
para el momento terrible
van sus almas disponiendo,

no por mirar que les falte
valor y cristiano anhelo,
que ante el suplicio no tiembla
el inocente, ni ciego

las leyes santas olvida
el español caballero,
sino por que Dios ordena
dar a los tristes consuelo.

Los dos hermanos caminan
con paso firme aunque lento,
y a la explanada se acercan
donde, de peñas cubierto,

en rauda pendiente el monte
desciende hasta el valle ameno,
que en ella debe cumplirse
en breve el fatal decreto.

Mas, ah, ¿por qué horrorizados
detiéndose?... Torpe miedo
en sus pechos valerosos
pudo abrigarse un momento?

¡Oh! no es temor, que es asombro
y ansiedad y duda a un tiempo
lo que conmueve sus almas;
que no al hacha el noble cuello

doblarán... aun esto es poco:
Funesta caja de hierro,

negro instrumento de muerte,
allí se mira; sus cuerpos,

vivos aún, encerrados
en ella serán, y luego
lanzados por los verdugos
al precipicio tremendo.

Así implacable el rey quiere
prolongar sus sufrimientos,
y manchar con tal afrenta
la gloria de sus abuelos.

Mas ya al lugar del suplicio
llegan, y el rumor inmenso
del pueblo crece, y confuso
conturba los raudos vientos.

A la fortaleza vuelven
la vista un punto los reos,
y al rey ven, que los contempla
tranquilo el rostro y severo.

Entonces como inspirados
alzan las manos al cielo,
y así uno de ellos exclama
con firme y pausado acento:

-«Rey de Castilla, recuerda
que existe un Dios justiciero;
ante su presencia iguales
son el cayado y el cetro.

Nos haces morir ahogando
la oculta voz, que, en tu pecho,
tu error y nuestra inocencia
a gritos te está diciendo.

Nos haces morir, oh rey,
mas de tu fallo sangriento
al tribunal inmutable
apelamos del Eterno:

Y antes que el sol treinta veces
del mar se oculte en el seno,
ante el solio te emplazamos

del Juez único y supremo.»

Así dijo: a sus palabras
siguió aterrador silencio;
tal vez el tirano mismo
temblaba en su firme asiento.

Breve súplica elevaron
las víctimas al Inmenso,
y en brazos de sus verdugos
a morir se dispusieron.

El hierro oprimió sus carnes,
¡indigno, cruel tormento!
y a poco la horrible caja
de peña en peña cayendo,

el ronco bramar fingía
del hondo mar turbulento,
o el ruido que en la sierra
produce fragoso el trueno.

La multitud lanzó entonces
un quejido lastimero,
que repitieron, dolientes,
en la montaña los ecos.

Paró al fin en la llanura
de muerte el rudo instrumento,
destrozado por los golpes,
caliente sangre vertiendo:

En él aún palpitan
de los hermanos los restos,
contemplábanse, causando
horror y lástima a un tiempo.

Al verlos, con hondos ayes
la multitud hirió el viento,
y acerbo llanto del alma
triste derramó por ellos.

¡Ay! aquel llanto piadoso
al mundo estaba diciendo
su inocencia, y demandando
justa venganza a los cielos.

Hundiose el astro del día,
la noche tendió su velo,
y a poco se alzó la luna
en el azul firmamento.

Al resplandor misterioso
de sus rayos macilentos,
y de pálidas antorchas
al rojo fulgor siniestro,

en tanto que el rey partía
de Alcaudete al rudo asedio,
viéronse de Calatrava
cien ínclitos caballeros,

conducir a sus hermanos
en funerario cortejo,
para darles sepultura
de santa Marta en el templo.

¡Oh! benditos los que en alas
de puro y cristiano celo,
llegan al pie del cadalso
a dar tan piadoso ejemplo.

V

La voz de la conciencia

En Kiurin la musulmana,
ciudad populosa y bella,
que por las cristianas huestes
de Jaén el nombre lleva;

la que prados de esmeralda
cabe sus muros ostenta,
la que preciados blasones
en su noble historia muestra,

entre el agitado pueblo
ansiedad profunda reina,
y el bronce herido en las torres
con tristes sonos expresa
que por la salud del rey

plegarias el clero eleva.

Sí; que el mísero Monarca,
de terror el alma llena,
del cielo espera el alivio
que le negara la ciencia:

Misterioso mal le aflige,
largas noches pasa en vela,
y ensangrentados fantasmas
le persiguen y atormentan.

Tal vez sediento de vida
al campo su afán le lleva,
mas triste el campo a sus ojos
cual la ciudad se presenta.

Rojo ve el azul del cielo,
rojo el sol y las estrellas,
y hasta las aguas del río
un mar de sangre le muestran.

Entonces torna a su Alcázar
con faz triste y macilenta,
mas del pueblo oye a su paso
esta predicción horrenda:

-¿Visteis al rey? -¡Ah! su rostro
su fin próximo revela.
-¿Cumple hoy el plazo? -Mañana.
-¡Dios su perdón le conceda!

Y en vano sus servidores
oficiosos le rodean,
e ilusiones y esperanzas
en vano mostrarle intentan;
que él nada escucha: en su mente
reina tan sólo una idea...

¡Mañana!... el fatal mañana
de pavor su sangre hiela,
sonando siempre en su oído
con entonación siniestra.

Como Baltasar, que escrita
vio en el muro su sentencia,

figúrase en las paredes
de su morada opulenta,
ver el ¡mañana! terrible
que le acongoja y te aterra.

En caracteres de fuego
contéplalo por do quiera,
y es que en su pecho se alza
el grito de la conciencia.

¡Triste noche, triste noche!
Su calma el sueño le niega,
y su alma entre tormentos
se agita, de paz sedienta.

Y así ve de aquel mañana
rayar la aurora funesta:
Tal la suerte es del impío
que a Dios olvida en la tierra.

VI

El juicio de Dios

Es del templado setiembre
una silenciosa tarde,
de esas que lucen tan sólo
en pueblos meridionales.

Brilla el sol, mas sus ardores
mitigan blancos celajes,
y dar más vida parece,
tibio y perfumado el aire.

Jaén se entrega al reposo,
desiertas están sus calles:
También dormitando el rey
lánguido en su lecho yace.

Tras largas noches de insomnio
descansa de sus afanes,
mas su quietud es el brillo
de la luz al apagarse.

Vive y duerme, mas su pecho

de pavor con fuerza late,
que aun en sueños le persiguen
las fantásticas imágenes.

Presa de horribles visiones,
agitado, delirante,
ora los brazos levanta,
ora, débil, los abate;
es que hiriendo están su mente
recuerdos de horror y sangre.

Mas súbito se dibuja
el terror en su semblante;
tiembla cual reo de muerte,
los cárdenos labios abre,
y cual si presentes viera
las sombras amenazantes
de acusadores severos,
o de jueces implacables,

-¡Ay, piedad, piedad! -murmura,
con acento suplicante.
Mas, ah, que a su oído llegan
estas palabras fatales:

-«El que jamás piedad tuvo
del Cielo piedad no aguarde.
Tiembla, oh rey, que ya de vida
te restan pocos instantes:
Ante el tribunal Eterno
a comparecer prepárate.»-

Y en el regio lecho en breve
sin aliento, palpitante,
fijos y abiertos los ojos
que de espanto dan señales,

lívida la faz severa,
yerto y mudo contemplábase
al desdichado monarca,
y horror causaba mirarle.

Dos horas después, inquietos,
traspasaban los umbrales
del alto Alcázar sombrío
caballeros y magnates.

Y en derredor del Palacio,
lleno de dudas y afanes,
en crecientes oleadas
inmenso pueblo agrupábase.

En el balcón viose a poco
un heraldo presentarse,
y a la multitud silencio
imponer breves instantes.

-El rey ha muerto-, tres veces
dijo con voz resonante,
y sorda plegaria entonces
el pueblo lanzó a los aires.

El plazo estaba cumplido,
Dios castigaba al culpable;
clara la inocencia era
de los nobles Carvajales.

VII

La cruz del lloro

Si pasas, lector, acaso
alguna vez por la villa
que de Martos lleva el nombre,
y de la que fiel publica
mil tradiciones la fama,

llenas de triste poesía,
cabe el pie del alto monte
verás una cruz sencilla,
que sobre gradas de piedra
en tosca columna erguida,
del afligido es consuelo
y de caminantes guía.

La llaman la Cruz del Lloro,
y diz que fue construida
para perpetuo recuerdo
de las lágrimas que un día
vertió el pueblo a la memoria
de las dos ilustres víctimas,

de un rey tirano inmoladas
a la venganza inaudita.

Do quier que tus pasos lleves,
do quier que vuelvas la vista,
de esta lamentable historia
hallarás páginas vivas.

De noche, cuando la luna
al occidente se inclina,
su tibia luz derramando
por la desierta campiña,
aún ver creerás, de la peña
sobre la escarpada cima,
de entrambos comendadores
las nobles sombras altivas
citando al cruel monarca
ante la eterna justicia;
o tal vez en el mugido
del viento, tu fantasía
fingirá los tristes ayes
de multitud compasiva,
que en pos de un féretro llora
una esperanza perdida.

Mas si sentir impresiones
con su fiel relato ansías,
mejor que en largas historias
y que en crónicas antiguas,
lo alcanzarás de los labios
del pueblo, que siempre viva
guarda la fe de sus padres
en las tradiciones mismas.

Pregúntale al buen labriego
de las comarcas vecinas,
y él ante la Cruz del lloro,
con tosca voz, mas sentida,
del hecho mil accidentes,
llenos de melancolía,
te referirá, olvidados
por los sabios y cronistas.

Él te mostrará patente
de ambos hermanos la digna
actitud ante el monarca:

Él la rápida caída

de la caja, y cómo el pueblo
con ayes el viento hería:
Él la admiración por último
y el espanto de Castilla
al saber del rey la muerte,
del plazo al finar el día.

Y en tono franco aunque grave,
con ruda forma y sencilla,
este ejemplo presentando
de sana filosofía,
te dirá, que el que soberbio
la cristiana ley olvida,
al fin será castigado
de Dios por la justa ira.

Al escucharlo, tu alma
sentirase conmovida;
a otra región, a otros tiempos
la mente alzarás altiva,
y al ver como el pueblo ama
nuestra religión divina,
comprenderás que aún la frente
mostrar puede España erguida,
luciendo en ella los lauros
de Lepanto y de Pavía;
que la nación que fiel guarda,
siempre grande, siempre digna,
su fe incólume, su enseña
y su honra sin mancilla,
aún triunfar en cien batallas
puede con noble osadía.

DESDICHAS DE UNA REINA

(Leyenda segunda)

A mi muy querido amigo el eminente poeta e ilustrado crítico Señor D. José Fernández Espino, catedrático de literatura de la Universidad Literaria de Sevilla, diputado a Cortes, etc.

Si los graves afanes que hoy te cercan
y que a la patria con amor dedicas,
ora en el templo de Minerva Augusto
dando a la juventud sabias doctrinas,
ora en el santuario de las leyes
la virtud defendiendo y la justicia,
te dejan un instante de reposo,
a mi amistad sincera lo dedica.
Cual ofrenda aunque humilde acepta, amigo,
la historia que te ofrezco: si no es digna
de tu saber, de tu encumbrado genio,
de mi afecto una prueba en ella mira.
Si en mí la triste Blanca de Navarra
no halló intérprete fiel a sus desdichas,
si insonoros y débiles acentos
sólo brotaron de mi humilde lira,
en tu buena amistad disculpa encuentren,
acogida concédeles propicia,
y hallen a los rigores del olvido
en tu preclaro nombre fuerte egida.

PRIMERA PARTE. -EL ESPOSO

I

DOÑA BLANCA

En la soberbia Toledo,
corte de la fiel España,
y en el alcázar grandioso
de nuestros reyes morada,
allá en el triste retiro
de su silenciosa estancia,
evitando los rencores
que infiel esposo le guarda,
de validos despreciables
y cortesanos odiada,
está la infeliz princesa
Doña Blanca de Navarra.

Dos años ha que en silencio
devora su pena amarga,
dos años que los desdenes
sufre del débil monarca,
a quien unos llaman franco
porque con largueza paga

la adulación de la plebe
y de viles cortesanas,
y otros, con sangrienta mofa
torpes manchando su fama,
tal vez porque no lograron
mercedes que ambicionaran,
al ver en él ya perdida
de sucesión la esperanza,
Don Enrique el impotente
con ruda insolencia llaman.

Arde en partidos la corte
al ver que el rey su privanza
al de Villena concede;
murmuran todos y guardan
rencores, que en lo futuro
a funestas represalias
darán lugar, y a contiendas
que el pueblo prevé y aguarda;
empero sufren y esperan
razones en que fundarlas,
y en tanto manda el valido
y todos su ley acatan.
Y así entre perpetuos odios
y meditando venganzas,
en poder de su privado
o en brazos de cortesanas,
pasa el monarca su vida
sin pensar en doña Blanca,
que sumida en su retiro
y del mundo abandonada,
a Dios plegarias dirige
vertiendo abundantes lágrimas.

¡Blanca! Mísera princesa
por el Cielo destinada
para apurar hasta el fondo
la copa de la desgracia.
¡Cuán hermosa! Al Ser supremo
plúgole acaso colmarla
cual por compensar sus males
de las más brillantes gracias.
Gallardo talle de ninfa,
erguido sin arrogancia,
pequeño pie, níveo cuello,
mano breve y delicada,

negra y fina cabellera,
suaves mejillas de nácar,
donde su blanda sonrisa
graciosos hoyuelos marca,
rostro oval, perfil tan puro
cual Fidias lo imaginara
y negros rasgados ojos
de tan púdica mirada,
que grave respeto infunden
a todo aquel que la ama.

Tal es la gentil princesa:
y a la vez prendas más altas
que su encantada hermosura
en su noble pecho guarda:
Que benigna practicando
santas virtudes cristianas,
es honra y prez de su sexo,
modelo de egregias damas.

Mas ¡ay! que sus perfecciones
a la mísera no bastan
para conjurar las iras
que en derredor la amenazan:
Que de su familia ausente,
por su esposo desdeñada,
sin parciales, sin amigos,
horrible suerte le aguarda.

¡Pobre reina! No comprenden
Los dolores de su alma,
y si los comprende alguno
por temor al rey se calla.
Nadie le presta consuelo,
y eternamente cercada
de servidores infieles
y traidores que la guardan,
tal vez la suerte envidiando
del ave que en su ventana
saluda con dulces trinos
el tibio fulgor del alba,
ve correr su triste vida
en aterradora calma.

¿No habrá entre la necia turba
aduladora y menguada

que al rey vende su conciencia
un alma tan sólo un alma
que fiel responda a la suya
y dé aliento a su esperanza?
Existe, sí: el buen Ramiro
noble doncel, que de Blanca
la aciaga suerte conoce,
por ella en su pecho guarda
tierna compasión profunda,
que en vivo amor se trocara
a no mediar entre ambos
la insuperable distancia
que entre el fiel vasallo existe
y la esposa del monarca.

Nunca salió de los labios
del buen paje una palabra
que demostrara su afecto
ni compasión revelara;
mas si la triste princesa
en el balcón de su estancia
a respirar un punto
del fresco vergel el aura,
en la suya siempre fija
la silenciosa mirada
encuentra del fiel Ramiro,
que humilde al saludarla,
parece decirle siempre:
«Tened en mí confianza.»

Y así se alejan los días
y raudos los meses pasan;
y en tanto en la corte siguen
en perpetuas asechanzas,
unos alentando odios
con vil intención dañada,
otros, en letal angustia,
mil dudosas esperanzas.

II

LOS VIAJEROS

Es una noche de mayo
que más que de primavera,
parece noche de estío

por lo apacible y serena.
Billa en el cenit la luna,
y a su blanca luz incierta
con dirección a Toledo,
del Tajo por la ribera,
dos hombres pausados marchan
que por su altiva presencia
revelan ser de la corte
y de probada nobleza.

Viste uno de ellos ceñido
negro jubón, capa luenga,
negra también, y del rojo
birrete que su cabeza
cubre, la gallarda pluma
blandamente al aire ondea.
Ciñe la tajante espada
con noble arrogancia fiera,
y de su alazán el brío
contiene, con hábil rienda.
Es joven, y aunque ya algunas
arrugas su frente muestra,
aunque en su escuálido rostro
y en sus tristes ojos lleva
de una vejez prematura
mudas señales impresas,
arde en vigor, y aún escasos
siete lustros representa.

Brillante armadura el otro
viste, que a la luz refleja
de la amarillenta luna;
y calada la visera
lleva del luciente yelmo,
que blanco penacho ostenta.
Túnica azul de brocado
y ancho cinto del que cuelga
acero de fino temple
su bello traje completan.
Negro corcel de batalla
rige, con marcial destreza,
y a distancia respetuosa
sigue al de la capa luenga.

Largo rato ha que en silencio
prosiguen su marcha lenta;

mas el primero un instante
detiene el bridón y espera
se acerque el otro viajero,
y así en breve le interpela:

-Don Juan ¿trasmitido habéis
mis órdenes con reserva?
-Cumplilas Señor: el jefe
de la guardia el nombre y seña
conoce ya, y prevenido
en el muro nos espera,
a fin de que el pueblo ignore
la entrada de vuestra alteza.
-Está bien. Seguid delante
y avisad, que ya muy cerca
de la ciudad nos hallamos.-

Y esto al oír, picó espuelas
el bizarro caballero,
y a poco rato las puertas
de Toledo daban paso
al rey, que en su guarda lleva
al muy alto y poderoso
noble marqués de Villena.

III

POR RAZÓN DE ESTADO
De Toledo en el recinto
profundo silencio impera,
y nada la calma altera
de su triste soledad.
La luna ya en occidente
desmayada se reclina,
y débilmente ilumina
las torres de la ciudad.

Entre sombras el Alcázar
sus altivos muros vela:
Sólo allí del centinela
se escucha la ronca voz:
Voz que se aleja y repite
con entonación extraña,
cual de montaña en montaña
resuena el eco, veloz.

Allá en una de sus torres
se ve una luz misteriosa
que ilumina, temblorosa,
el vidrio de un ajimez.
Allí doña Blanca vela
llorando su desventura,
y delirante murmura
una súplica tal vez.

¡Cuán hermosa, de rodillas
ante una imagen sagrada
de la Virgen, su mirada
fija en ella con amor!
Nunca en sus divinos ojos
brilló tan vivaz centella,
nunca se mostró más bella,
ni más triste en su dolor.

Mas ah, que vino a sacarla
de su abstracción un acento
que a su oído el raudo viento
pudo un instante llevar:
Acento que lo recuerda
sus días de bienandanza,
y una furtiva esperanza
vino su pecho a halagar.

-¿Será posible? -murmura,
-¿No es sueño? ¿no es desvarío?
Era su voz... ¡oh Dios mío,
Dios mío, si fuera él!
Y cual si Dios respondiese
a su acento lastimero,
se abrió una puerta, y severo
al rey vio bajo el dintel.

Absorta quedó un instante
la excelsa dama en presencia
del esposo, cuya ausencia
le hizo tanto suspirar:
Y en la frente del monarca
mil dudas tal vez se alzaron,
mas en breve ambos llegaron
este diálogo a entablar:

EL REY

¿Rezabais? ¡Cuánto me place!...
Y siento en verdad, Señora,
interrumpiros ahora
en tan santa ocupación.
Mas si os molesto decidlo,
y un momento retirarme
podré...

DOÑA BLANCA

¿Vos, vos molestarme?
¡Enrique... por compasión!
No paguéis con el sarcasmo
mis más puros sentimientos:
¡Oh! mi amor, mis sufrimientos
por Dios no insultéis así.

EL REY

¿Yo insultaros?... ¡Que delirio!
¿Mis vasallos no os acatan?
Cual reina en Toledo os tratan:
¿Que os falta, Señora, aquí?

DOÑA BLANCA

¿Y vos me lo preguntáis?
¡Vos, que ausente de mi lado
me habéis del todo olvidado,
en vuestro insensato ardor!

EL REY

¡Siempre lo mismo!

DOÑA BLANCA

Ah, perdona,
perdona mi desvarío...
O mátame, esposo mío,
o devuélveme tu amor.

EL REY

¡Eh! basta ya; me importunan
tan insensatos clamores:
A requeriros de amores
yo vine aquí, por mi fe.
Oíd, si grato recuerdo
anheláis que de vos lleve:
Llegad y sentaos; muy breve

en mi relato seré.

Y esto diciendo el monarca
en tono asaz destemplado,
sentose con desenfado
en un gótico sitial.
Y de él enfrente sentose
la triste reina temblando,
y prosiguióle así hablando
el consorte desleal:

EL REY

Ha tiempo, buen lo sabéis,
que un sucesor anhelamos,
e inútilmente esperamos
del Inmenso este favor.
Y como el Cielo se muestra
siempre sordo a vuestro ruego,
fuerza será desde luego
seguir camino mejor.

Bien sabe Dios que si acojo
resolución tan impía,
al hacerlo no me guía
una pueril vanidad.
Aceptaré un nuevo enlace
aunque sufra mi decoro
y aun mi amor; porque os adoro,
os lo digo con verdad.

Mas toda Castilla pide
a mi trono un heredero,
y la voz del pueblo entero
debe acatarla un buen rey.

DOÑA BLANCA

Comprendo: nada os importa
un juramento sagrado...

EL REY

Me obliga razón de estado
y esta es mi suprema ley.

Mas si habitar en mi reino
queréis, del mundo apartada,
seréis cual reina acatada

en Toledo la imperial:
Vuestro será este palacio.

DOÑA BLANCA
Oh, tanta bondad me humilla...
Huiré, Señor, de Castilla
y de mi odiosa rival.

Libre así de mi presencia
feliz con ella seréis...

EL REY
¿Qué decís, que partiréis?

DOÑA BLANCA
Sí, sí; partiré a Aragón.
Hora permitid, si os place,
pues a mí ya nada os liga,
que en paz a solas prosiga
mi interrumpida oración.

EL REY
¿Os molesta mi presencia?
Pues a Dios quedad, Señora.

DOÑA BLANCA
Él os ayude en buen hora
y os libre siempre de mal.

-Así despidió al monarca
con grave y pausado acento,
mas ¡ay! débil, sin aliento
cayó a poco en su sitio.

Que al comprender la infelice
la realidad de su vida,
vio para siempre perdida
la esperanza de su amor.
Y cual volcán encendido
sintió abrasarse su frente,
y en sus ojos brotó ardiente
mudo llanto de dolor.

Quedose el monarca en tanto
tras la puerta ya cerrada,
y escrutadora mirada

dirigió en torno de sí.
Solo estaba el aposento
y ningún rumor se oía:
Débil lámpara esparcía
vacilante luz allí.

Dio algunos pasos y luego
parose sobrecogido;
un ¡ay! triste, comprimido
oyó acaso y vaciló.
Mas después, firme y sereno,
con desdeñosa arrogancia,
atravesó por la estancia
y apresurado partió.

A poco tras los tapices,
con planta asaz cautelosa,
como sombra misteriosa
un paje se vio asomar.
Torva la vista fijando
en la oscura galería
por do el monarca partía,
así se le oyó exclamar:

«¡Imbécil rey, la abandonas
y ansias que de ti se aleje!...
No importa; Dios la protege
y mi brazo vengador.»
Y audaz la diestra apoyando
en el pomo de su daga,
se perdió en la sombra vaga
de un revuelto corredor

IV

DESPEDIDA DEL HOGAR

Al soplo del estío,
festiva primavera,
veloz te alejas ya:
Inclínanse las flores
sin vida en la pradera;
sus galas y colores
del sol al vivo rayo perdiendo el campo va.

Medrosas en las ramas
ocúltanse las aves,
huyendo de su ardor:
No dan al vago viento
sus cánticos suaves;
tan sólo el ronco acento
se escucha entre las mieses, de insecto zumbador.

Tú vienes, primavera,
de céfiros y flores
cercada por do quier;
brindando bienandanza
y plácidos amores;
mas ¡ay! que su esperanza
contigo ve el que sufre quizá desaparecer.

Ah, sí; que al ver tus campos,
al ver tu alegre cielo
se siente reanimar:
Mas triste, oh primavera,
le deja y sin consuelo
tu ráfaga postrera,
tu ráfaga postrera, perdiéndose en el mar.

Oh grata estación bella,
oh brisas vagarosas,
el vuelo detened.
El prado ornad de flores,
y, puras y aromosas,
a Blanca en sus dolores
consuelos y esperanzas benignas ofreced.

Mas no, seguid; que nunca
su amargo desconsuelo
pudierais mitigar:
Robole amor su calma,
y ya en extraño suelo,
cual sola y triste palma
humilde siempre debe sus penas devorar.

Que en vano elevó al Cielo
tristísimas plegarias...
El Cielo no la oyó.
Ya cruza y atrás deja
las vegas solitarias;
ya rápida se aleja

de su tranquilo albergue, de cuanto más amó.

«Adiós, mansión querida,
-la mísera murmura;
me alejo al fin de ti.
Halló mi amante pecho
en ti sólo amargura;
mas, ah, bajo tu techo
con gratas ilusiones mis penas adormí.

De hoy más ni aun ese alivio
la airada y dura suerte
concede a mi dolor.
Adiós; de ti me alejo:
¡Ay mísera! al perderte
en ti por siempre dejo
mis dulces esperanzas de dichas y de amor.»

Calló la triste reina:
Su faz volvió un momento
por vez postrera ansiando su albergue contemplar.
En tanto el firmamento
de sombras se cubría,
y el astro de la noche
que lento aparecía
miró en sus bellos ojos dos lágrimas brillar.

SEGUNDA PARTE. -EL PADRE

I

OJEADA HISTÓRICA
Don Juan llamado el Grande,
padre de doña Blanca,
soberano era entonces
de Aragón y Navarra.

De indómito carácter
y de intención dañada,
a sus vasallos era
odioso este monarca.

De insurrección cien veces
al aire desplegada

mirose la bandera
que el descontento alzaba;

y el pueblo proclamando
al príncipe de Viana,
del tirano abolía
las leyes sanguinarias.

Cien veces los navarros
miraron ¡ay! regadas
con sangre generosa
sus fértiles comarcas;

y cien veces las frentes
al choque de las armas,
vencido su estandarte,
doblaron humilladas:

Que la razón a veces
ante la fuerza calla,
y cual batel sin guía
perece en la borrasca.

¡Cuán triste es el destino
de la infelice Blanca!
Do quier que busca apoyo
sólo enemigos halla.

Ella la suerte llora
del príncipe de Viana,
del perseguido hermano
a quien ferviente ama.

¡Llorarle!... Es un delito
para el cruel monarca,
que bárbaras cadenas
aun a sus hijos labra.

¡Llorarle!... Negro crimen:
Al llanto de la hermana
sucederá el anuncio
de pérfidas venganzas.

¡Cuán triste es tu destino,
oh reina desdichada!
Asilo vas buscando,

cual ave solitaria;

amparo en tu abandono,
consuelo en tus desgracias;
mas ¡ay! que en vez de amigos
perseguidores hallas.

No largo tiempo la maldad su gloria
tranquila cantar puede:
Las almas generosas al mirarla
en su carro de triunfo, el noble grito
alzan de independencia, y la victoria,
la sangrienta victoria que halagaba
del déspota inhumano el duro pecho,
en sacrificio inútil se convierte.
De su frente, marchito,
el guerrero laurel con que se ornaba
mira caer deshecho,
y trocado su ardor contempla, inerte,
en infecundo y mísero despecho.

Tal don Juan que abatida
miró la rebelión, juzga arrogante
que en paz puede entregarse a su venganza.
Dura prisión destina en sus furores
al hijo infortunado, y delirante
a sus parciales lanza
los rayos de su ira:
Rey injusto sembrando va rencores;
padre cruel horror tan sólo inspira.
Mas súbito en su marcha con asombro
detiéndose un momento:
El vagaroso viento
la voz de libertad lleva a su oído,
y un punto al escucharla se estremece.
No es el triste quejido
del fiel navarro, que al caer exhala
de los libres el grito y desfallece;
es el acento fuerte y poderoso
del fiero catalán, nunca vencido:
Ya el hierro vengador vibra en su mano,
y alzando el estandarte de la guerra
en su trono temblar hace al tirano.

¡Guerra! se escucha tras el alto muro
de la altiva y egregia Barcelona;

¡guerra! responde con furente saña
la invencible Gerona;
y en la enhiesta montaña
del Ampurdán vastísimo, los ecos
repiten con fragor la voz de ¡guerra!
al escucharla el ángel de la muerte
sonríe de placer, y conmovida
temblar parece a su poder la tierra.

Ya el trotar se percibe
de mil y mil alígeros bridones;
ya hieren los oídos
los belígeros sonos
de las marciales trompas, y aturridos
del fiero aragonés los campeones
se aprestan con furor a la batalla.
Un instante en silencio
las contrarias falanges se contemplan...
La lucha a poco atronadora estalla.
Cruje el arnés al golpe formidable
de ponderosa lanza; el ¡ay! doliente
se escucha del guerrero
al perder con valor la dulce vida,
y a los rayos de un sol paro y ardiente
los bruñidos paveses reflejando
y cien yelmos y cien, el movimiento
imitan de la mar, si embravecida
se agita a impulso de huracán violento.

A poco entre las huestes catalanas
el grito de ¡victoria!
se escucha resonar... Sí, ya se aleja
con su vencido ejercito el monarca
de aquellos campos do su antigua gloria
dejó en el polvo del combate fiero:
Huye, mas a su paso
la multitud airada le rodea...
«Libertad para el Príncipe» le grita,
«que entre su pueblo triunfador se vea.»
Y trémulo, abatido el rey artero
la libertad del príncipe concede
al pueblo vencedor; pero en su alma
bienhechora piedad jamás alienta,
y aléjase sus odios ocultando,
y en secreto jurando
tomar venganza de tan grande afrenta.

¡Oh! ¿quién su pensamiento y sus rencores
adivinar podrá?... Tal vez la idea
de una negra traición bulle en su mente...

¿Qué importa que doblando
de la triste Navarra los dolores
por él vendida al extranjero sea
si satisfecho ve su encono ardiente?
¡Vencer por la traición! ¡Digno recurso
del corazón malvado!

Por ella el cetro Godo en Guadalete
hundiose con Rodrigo, y lloró España
mísera esclava de la hueste mora;
y por ella don Sancho ante Zamora
víctima fue de vengativa saña.

¡La traición! vil recurso
del déspota que sueña con la gloria...
Vencer por ella puede, mas su nombre
rodeado de oprobio,
eternamente se alzaré entra el odio
del pueblo, que maldice su memoria.

Siete meses después de estos sucesos,
que fielmente, oh lector, dejo narrados,
triste y sin esperanza Barcelona
alzaba al cielo sus convulsas manos.

Sin esperanza, sí: que ya el egregio
Príncipe de Aragón, el gran don Carlos
de Viana, que al fuerte poderío
del noble catalán viose salvado,
víctima de dolencia misteriosa
a Dios daba su alma cual cristiano.

Acongojado el pueblo y conmovido,
trama inicua tal vez adivinando
en la muerte del Príncipe, a los ímpetus
se abandonaba de furor insano.

Y en tanto que en la iglesia el hueco bronce
daba al aire su acento funerario,
la multitud las calles recorría,

«¡un tósigo! ¡traición! ¡traición!» gritando.
¡Perdido afán! ¡Ah! ¿quién al noble pecho
podrá dar nuevo aliento? ¿Quién su brazo
alzar potente, cual en otros días,
de contrarios terror, del pueblo amparo?...

Segó su vida la implacable muerte
de la patria también al par segando

la esperanza y la gloria, que los pueblos
su gloria y su esperanza en él fundaron.
Derramad en su tumba, oh nobles almas,
sencillas flores y abundoso llanto;
de vuestra dicha ¡ay Dios! sólo un recuerdo
queda en ese sarcófago sagrado.
Sí: ya se miran renacer triunfantes
las muertas esperanzas del tirano:
Tal vez mañana de la pobre Blanca
el desastroso fin sea decretado;
que el rey don Juan, el padre vengativo,
de su esposa cruel siguiendo acaso
el consejo fatal, antes la muerte
diera a Blanca que el cetro soberano
de Navarra la fiel... ¿Qué son justicia
inocencia y virtud, para el malvado?
Regad, pueblos, con lágrimas y flores
del príncipe la tumba... Si el tirano
la libertad os quita, aun el recuerdo
de vuestra gloria guardará ese mármol.

II

EL RETO

Era el día doce de Abril,
según las crónicas cuentan,
del año mil cuatrocientos
sesenta y dos: triste fecha
que siempre estará grabada
cual padrón de infamia eterna,
del fiel navarro en la mente,
de Olite en la historia excelsa.

¡Olite! villa famosa,
de Navarra hermosa perla,
corte de sus nobles reyes,
palenque de lucha horrendo,
codiciada y maldecida
al par por las huestes fieras
de los dos terribles bandos
que su posesión desean,
y que de Agramont y Lusa
parciales, sus nombres llevan.

¡Olite! noble matrona

que en verdes prados se asienta,
y cuya gótica torre
corona su frente regia.

¡Olite! villa famosa
do meditaron empresas
grandes héroes, grandes reyes
que su renombre acrecientan,
hoy próxima a la deshonra,
merced a su suerte adversa,
por voluntad de un monarca
que la vende y la desprecia.

En la más altiva torre
del castillo, que, se eleva
imponente y majestuoso
de la villa centinela,
cuyos muros coronados
de torreones y almenas
tranquilamente retrata
en sus aguas la ribera,
pálida, cual flor de invierno,
mírase una dama bella,
que asomada a su ventana
con honda ansiedad observa
la marcha de un caballero
que hacia la villa se acerca,
jinete en yegua alazana,
aún más que el viento ligero,
y de cien nobles seguido,
que ricas galas ostentan.
Doña Blanca de Navarra
es la dama: prisionera
ha tiempo, su ingrata suerte
llora la triste princesa;
es el jinete el monarca
de Aragón, que en Salvatierra
al de Francia Luis Onceno
paz y amistad juró eternas,
con él firmando un tratado
del pueblo español en mengua.

Mas si tan fatal convenio
conocer mejor anhelas,
y de sucesos extraños
las opiniones diversas,

fuerza será entres conmigo,
lector, en la mansión regia,
que sirve de triste cárcel
a doña Blanca; y en ella
sabrás por mí, fiel cronista
de esta historia verdadera,
lo que el buen Ramiro López,
de cuya lealtad a prueba
te di noticia exactísima
en la página primera;
el noble Nuño de Lara,
anciano que a la princesa
siempre de fiel consejero
sirvió en su fortuna adversa,
y el francés Juan de La Motte
de tales contratos piensan.

De pie los tres, del Castillo
en la armería soberbia,
así las nuevas recientes
con viva inquietud comentan:

RAMIRO

Buen La Motte, estáis tremendo
con vuestras nuevas de Francia.

LA MOTTE

Pues la verdad sin jactancia
es lo que os estoy diciendo.
Don Juan de Aragón ansioso
está de acabar la guerra,
y ayer firmó en Salvatierra
un tratado ventajoso.
El rey de Francia esta vez
su apoyo a don Juan concede,
y éste la Navarra cede
en justo pago.

DON NUÑO

¡Pardiez!
Que esa alianza es un tesoro.

LA MOTTE

Pues si por Francia Aragón
vence a Castilla, es razón
que se la pague en buen oro.

Y ya que don Juan obtenga
tan soberbias condiciones,
si Francia le da legiones
que Aragón se las mantenga.

RAMIRO

Os oigo, don Juan, y aún dudo
si es verdad tan baja afrenta:
Que el noble Aragón que ostenta
altivo en Grecia su escudo,
su bandera victoriosa
en las aguas del Tirreno,
mire impasible y sereno
abyección tan ominosa,
no cabe en la mente mía;
y también dudo que un rey
así mancille la ley,
que el pueblo a su nombre fía.

DON NUÑO

Mas ¿qué, Ramiro, os extraña
del que, en su venganza fijo,
cruel envenenó al hijo,
y con su hija se ensaña?

LA MOTTE

Feliz doña Blanca ahora
con el de Berry será.

RAMIRO, turbado.
¿Qué decís?

LA MOTTE

Que a Francia irá
tal vez mañana, y señora
podrá ser del gran ducado
de Berry, si complaciente
acepta el amor ardiente
que el duque le ha consagrado.

RAMIRO

¡Vive Dios! que es por demás
inicua y necia esa trama;
que ni ella al de Berry ama
ni podrá amarle jamás.
Reina doña Blanca hora

es de Navarra: la suerte
lo quiso así con la muerte
del tierno hermano a quien llora;
y si anhela un rey cruel
privarla de su derecho,
escudo en el noble pecho
hallará del pueblo fiel.
Navarra al grito de ¡guerra!
se alzaré... ¿Vos lo dudáis?

LA MOTTE

Creo, Ramiro, que soñáis.
No hay poder en esta tierra
que contrarreste el valor
de los soldados de Francia.

RAMIRO

Me admira vuestra arrogancia
al par que vuestro candor.
Bien se conoce a través
de esa altivez que os engaña,
que aunque servís en España
no dejáis de ser francés.

LA MOTTE

Aquí Duguesclin, cual yo,
a España sirvió con honra.

RAMIRO, con desdén.
Os engañáis; su deshonra
fue lo que aquí conseguí.
Honra allá en Francia tendrá
quien fue traidor y menguado,
en España despreciado
por los buenos se verá.

LA MOTTE, con furia.
No comprendo la intención
de esa oscura reticencia,
y os pido con impaciencia
me deis una aclaración.

RAMIRO

Pues la queréis... escuchad:
Mas ved que os la doy con calma,
que no hay temor en el alma

del que dice la verdad.
Vos de la reina al servicio
como capitán estáis,
y es, si el puesto no dejáis,
defenderla vuestro oficio.

LA MOTTE

Consejos no he menester.

RAMIRO

Ya se que no os interesan;
mas si en vos tan poco pesan
las razones del deber,
no extrañéis, don Juan, que un día
aprecien vuestra honra en poco.

LA MOTTE, con arrogancia.

No necesito tampoco
defensor de la honra mía.
Para defender mi honor
bastome siempre mi espada.

RAMIRO, con desprecio.

Suele no estar bien templada
la espada del que es traidor.

LA MOTTE, furioso.

Mentís.

DON NUÑO

Eh, basta, señores:
Pensad que estáis en palacio;
idos por Dios más despacio
en vuestros ciegos rencores.

LA MOTTE

Pronto, pronto; no más tarde
la reparación...

RAMIRO

La habréis:
Seguidme, don Juan, y haréis
de vuestro valor alarde.

DON NUÑO

Basta, digo. Abrazo estrecho

concluya vuestra porfía.

LA MOTTE

Defiendo yo la honra mía.

RAMIRO

Yo defiendo mi derecho.

DON NUÑO

Si aquí ahora mismo los dos
no os dais sin rencor las manos
y os abrazáis como hermanos
os encierro, vive Dios.

Y esto diciendo don Nuño
con alegre desenfado,
de La Motte y de Ramiro
tomaba las diestras manos:
Por unir las se esforzaba,
y su afán viera logrado,
no obstante la resistencia
que le oponían entrambos,
si en aquel instante mismo
no viniese un ruido extraño
de armas, de confusas voces
y pisadas de caballos,
a suspender de los tres
el ciego impulso y el ánimo.
A poco el grito de ¡el Rey!
cundió por todo el palacio,
y del gran salón de armas
la ancha puerta daba paso,
al rey de Aragón, seguido
de sus nobles cortesanos.

Azul túnica llevaba
sobre jubón encarnado,
y de sus hombros prendido
de velludo luengo manto.
Sencillo traje de corte,
sin alhajas ni bordados,
que extraño contraste hacía
con el lujo y el boato,
de innúmeros caballeros,
que fieles seguían sus pasos.

Al ver el rey a La Motte
detuvo su marcha un tanto:
La Motte inclinó la frente
al monarca saludando,
y este hablóle, mas en tono
tan misterioso, y tan bajo,
que nadie apercibir pudo
si una súplica o mandato
encerraron sus palabras;
mas, de La Motte en los labios
asomó leve sonrisa;
una mirada cruzaron...
Y a poco el francés, de Olite
partía en veloz caballo,
con dirección a Pamplona,
la ribera atravesando;
mientras el rey despidiendo
a sus nobles cortesanos,
altivo el dintel cruzaba
del aposento apartado
do sufría doña Blanca
su injusto rigor tirano.

Bien pronto la corte toda
fue el salón abandonando;
en breve reinó el silencio,
y solos se contemplaron
el buen don Nuño y Ramiro,
que en leda voz y animados
de los mismos sentimientos
esta plática entablaron:

RAMIRO

¿Visteis cómo el rey don Juan
y La Motte se han comprendido?

DON NUÑO

Creo que todo se ha perdido:
Muerte a la reina darán.

RAMIRO

¡Ah! ¿Por qué, por qué obstinado
no quisisteis que al traidor
castigase?

DON NUÑO

En vuestro ardor
de joven, el resultado
no calculabais... Vencido
por vos juzgad al francés:
¿por eso hubierais después
el negro plan destruido?
¡Inútilmente la vida
jugar con ojos serenos!

RAMIRO

Cien veces por mucho menos
la imaginé ya perdida.

DON NUÑO

¡Imprudente!... En tal empresa
nunca volváis a arriesgarla:
Acaso necesitarla
pueda la infeliz princesa.

RAMIRO

¡Ella!... mi humilde existencia
en su defensa daría:
Ella es el astro que envía
luz viva a mi inteligencia,
es el ángel que mi alma
en casto silencio adora:
Sólo en su voz bienhechora
hallan mis dolores calma.
¿Cómo impasible sufrir
que acaso en breve, espirante...
No, no; se acerca el instante
de salvarla o de morir.
Pronto, los medios busquemos.

DON NUÑO

Mas si el rey la obliga impío
¿cómo salvarla, Dios mío?

RAMIRO

Entonces... La vengaremos.
En tanto juradme vos
desechad vanos temores:
Para vencer a traidores
bastamos nosotros dos.
Juradme también obrar
tan sólo por mi consejo,

que la prudencia de un viejo
no sirve para luchar.

DON NUÑO

Bien: vuestro plan seguiré;
os lo juro por mi nombre.

RAMIRO

Don Nuño, sois todo un hombre,
yo a la reina salvaré.
De los contrarios en pos,
voy confiado en mi estrella:
Velad en tanto por ella,
y que nos proteja Dios.

Dijo: y la diestra de su fiel amigo
estrechó entre sus manos con ardor,
abandonó el salón, y de allí a poco
en brioso corcel fugaz partió.

Anhelante don Nuño en la ventana
viole a distancia caminar veloz,
y al perderle de vista en la llanura
de la estancia pausado se alejó.
Un instante después la voz del rey
escuchaba con honda conmoción,
y oyendo al par de Blanca los sollozos
«¡triste reina!» doliente murmuró.

Y juzgando extinguido el pobre anciano
de su esperanza el postrimer fulgor,
en un sitial cayó casi sin vida,
plegaría humilde dirigiendo a Dios.

III

ADIÓS A LA PATRIA

Pocos momentos después
de la escena que narrada
dejo, oh lector, en conciencia,
que conciencia es necesaria
cuando de escribir historias
en prosa o verso se trata,
jinetes en tres caballos
de raza pura normanda,

con Juan de La Motte, que iba
guiándolos en su marcha,
a las puertas del castillo,
tres caballeros llegaban,
que mostraban por su traje
ser de la vecina Francia,
y por sus dignas maneras
de nobleza acreditada.

Desmontáronse, y dejando
en las manos entregadas
de un escudero las riendas
de sus monturas gallardas,
siempre por La Motte guiados,
de aquella fuerte morada
traspasaron los umbrales,
el atrio y las antecámaras,
y ascendiendo por oculta,
tortuosa escalinata,
del rey de Aragón llegaron
a la fastuosa estancia.

Un ujier anunció al punto
del capitán la llegada,
y después de cambiar éste
con aquél breves palabras,
en el real aposento
dio a los franceses entrada.

Larga plática entablaron
a solas con el monarca,
conferencia misteriosa,
en la cual ratificada
quedó la cesión inicua
del gran reino de Navarra.
Este el tratado de Olite
es, según crónicas varias,
tratado, cesión le nombran,
mas venta el pueblo le llama,
que es a veces juez el pueblo,
juez de inteligencia clara.

Ya el sol tocaba a su ocaso
cuando de la regia cámara
los tres franceses saliendo,
de el rey don Juan escuchaban

estas frases, que aludían
a la triste doña Blanca.
-Asegurad a mi aliado,
vuestro amo el rey de Francia,
que parto de aquí esta noche,
y el conde de Fox mañana
tendrá en su poder la prenda
que ratifica esta alianza.
Decidlo así, y que yo nunca
he faltado a mi palabra.

Tal dijo: los extranjeros
saludaron al monarca,
y en breve del real castillo
y de Olite se alejaban.

Tendió la noche
su negro velo,
manto de nubes
cubría el cielo;
lejos bramaba con eco sordo
fiera, imponente, la tempestad.
No al suelo envían
sus luces bellas,
ni la alba luna
ni las estrellas;
sólo interrumpe fugaz relámpago
de la campiña la oscuridad.

Triste es la noche,
triste y medrosa,
en calma Olite
muda reposa;
tal vez se escucha, al son del trueno,
el eco humilde de una oración.
En el castillo
tan sólo cunde
rumor extraño,
que miedo infunde,
y ora acrecienta, ora se pierde
a los rugidos del aquilón.

Y a la luz roja,
que agita el viento,
de cien antorchas,
con paso lento

mudos guerreros, por la ancha puerta
en largas filas se ven salir;
llevando en medio
regia litera,
do a Blanca vese
cual prisionera;
y en pos va el rey, torvo, sombrío,
midiendo acaso su porvenir.

Raudos en breve,
atravesando,
prados y montes,
vanse alejando,
y ni la lluvia su andar detiene
ni el ronco trueno les da pavor.
Sólo la reina
lágrimas vierte,
que adivinando
su triste suerte,
tan negra mira como la noche
la que le espera vida de horror.

¡Ay! sola al verse
y abandonada,
atrás dejando
su patria amada,
por vez postrera vuelve los ojos,
que de ella el alma vásele en pos.
Del pecho lanza
triste quejido,
que el viento ahoga
con su rugido;
¡ay! que el recuerdo
de sus amores,
la acerba historia
de sus dolores,
encierra acaso ese gemido,
que es a la patria su último adiós.

Y en tanto que la mísera princesa
se abisma en angustiosos pensamientos,
su acelerada marcha precipitan
más y más sus crueles carceleros.
Y atrás dejando villas y lugares,
sin dar descanso al fatigado cuerpo,
al despuntar la aurora, ya la cumbre

tocan de los agrestes Pirineos.
Un punto en Roncesvalles se detienen,
y aún no seguros, el furor temiendo
del fiel navarro, la frontera salvan,
del raudo caminar ya sin aliento.

El sol, en la mitad de su carrera,
brillaba dando vida al universo,
cuando pisó la regia comitiva
de la ambiciosa Francia el fértil suelo.
Y crónicas diversas aseguran
que en el que baña el Nive alegre pueblo
detuvieron su marcha, y que allí el rey
y el de Fox larga plática tuvieron.
Y aun cuando todo lo que hablaron ambos
fue siempre para el vulgo hondo misterio,
no faltó quien sagaz adivinase
de conferencia tal todo el secreto.
Pues diz que en tanto que don Juan y el conde
a solas se fiaban sus proyectos,
a la villa, a carrera en un caballo,
llegaba a la sazón gentil mancebo,
que apeándose diestro llegó en breve
a las puertas de un alto monasterio,
morada de la augusta prisionera,
de don Juan y sus nobles palaciegos.
Y diz que apenas el umbral traspuso
anciano respetable fue a su encuentro;
y por si dudas en tu mente abrigáis
de quiénes puedan ser, lector benévolo,
que es don Nuño el anciano, y es el joven
el buen Ramiro López, te revelo.
Ambos la diestra mano se estrecharon,
y en retirado, lúgubre aposento,
en silencio también se confiaban
en breve, así, sus dudas y recelos:

DON NUÑO

Hablad, Ramiro, que ansioso
estoy de saber si es cierto
que a eterna prisión condenan
a doña Blanca...

RAMIRO

Tal creo;
pues la ilusión no acaricio

de que verdad sea el proyecto
de casarla con el duque
de Berry... ¡Lindo pretexto
para adormecer a incautos,
para cegar a los necios!

DON NUÑO

¿Y podré saber, amigo,
lo que habéis pensado y hecho
desde ayer que os ausentasteis?

RAMIRO

Mucho pensé; mas el tiempo
perdí, al intentar osado
realizar mis pensamientos.
Que en vano llamé a las puertas
de los nobles y plebeyos:
Sin honor, ya envilecidos,
los nobles no respondieron;
del de Berry y de las bodas
me hablaba el incauto pueblo;
y ahogando mis esperanzas,
de cansancio y de ira ciego,
partí en dirección de Olite,
mas al llegar a Pozuelo
supe que el rey, con su corte
y gran acompañamiento,
prisionera a doña Blanca
llevaba... Seguí tras ellos,
triste ya y desalentado,
que no juzgué que tan presto
el rey su plan realizase,
el mío así destruyendo.
Mas no temáis que a la inercia
me abandone: si los riesgos
acrecen, con más constancia
nueva lucha emprenderemos.

DON NUÑO

Mas si os abandonan todos
¿cómo luchar?...

RAMIRO

Si los medios
son pocos, con fe y audacia
los que falten supliremos.

Ya os dije ayer, caro amigo,
que nosotros dos, cumpliendo
con nuestro deber, bastamos
para que la vida al menos
salvemos de doña Blanca,
ya que su abatido reino
a sus audaces contrarios
arrancarles no podemos.

DON NUÑO

¿Qué intentáis hacer?... Sepamos...

RAMIRO

Perdonad; es mi secreto.
Antes de arriesgarnos ambos
sabréis todos mis proyectos;
mas permitidme que a solas
los medite largo tiempo,
que empresa tan ardua exige
meditación y silencio.
Al llegar aquí he sabido
por Gontran, el escudero
del conde de Fox, que a Orthez
doña Blanca será luego
conducida...

DON NUÑO

¡Miserables!
¿Aún no se juzgan contentos
con arrebatarle impíos,
libertad, corona y cetro?
Gozar su pérfida hermana
quiere en su cruel tormento;
tenerla al lado segura,
befar su dolor acerbo;
y después de haber reído
de su pesar largo tiempo,
hundirle el puñal aleve
en su lacerado seno...
¡Oh, venganza!

RAMIRO

Sí, don Nuño;
venganza demanda al Cielo
tanta maldad: y si al golpe
muere de asesino pérfido,

aunque el móvil de tal crimen
sea monarca de dos reinos,
en él su muerte alevosa,
si me ayudáis, vengaremos.

DON NUÑO

Sí; contad conmigo siempre.

RAMIRO

Bien: ahora separémonos.

Adiós, pues: constancia os pido.

DON NUÑO

Yo prudencia os recomiendo.

Y ambos amigos, con tranquilo paso,
separáronse al punto, y en silencio
del monasterio en las extensas naves
envueltos en las sombras se perdieron.

IV

ÚLTIMA ESPERANZA

Tras breves momentos de angustia y temores
la mísera reina sin reino se ve;
cual sierva tratada, con fuertes rigores,
que ya el suelo patrio no huella su pie.

En vano Ramiro buscó a sus parciales,
y fiel les revela de Blanca el dolor:
De serle dejaron los nobles leales;
los pueblos doblaron la frente al terror.

Los dardos temiendo de oculta asechanza,
de viles contrarios cercada do quier,
tan sólo le resta dudosa esperanza,
y un punto la acoge con mudo placer.

Cual náufrago triste que cercan las olas
y al fin ve la playa do juzga llegar,
así la infelice aún sueña a sus solas
si no ya su trono, su vida salvar.

Y epístola tierna dirige a su esposo,
al rey de Castilla, que infiel la humilló;
mas, ah, que a su lado de dulce reposo
siquiera un momento feliz disfrutó.

«Señor: si un recuerdo de grata memoria,
le dice; aún de Blanca guardáis... oh, leed
en estos renglones mi lúgubre historia,
y grato y benigno mi ruego acoged.

Prisiones, desprecios, injusto castigo,
por ser de don Carlos hermana leal,
dictome mi padre, cual fiero enemigo,
doblando con ellos mi angustia mortal.

¡Oh Dios! ¿No le es dado llorar a una hermana
del mísero hermano la suerte cruel;
del príncipe noble la muerte temprana,
al ver su esperanza morir ¡ay! con él?

Gran rey, de mis cuitas pesad los rigores;
en mí no la esposa, la reina mirad,
que objeto constante de inicuos rencores
de vos sólo fía justicia y lealtad.

Mas no en ambiciones mundanas reparo;
os cedo mis reinos... Mi alma es de Dios:
Salvadme la vida; no tengo otro amparo
que aquel que del cielo me venga y de vos.

Y al frente se os mire de fuertes legiones
los pueblos navarros valiente cruzar;
clavar de Castilla los rojos leones
de Olite en los muros; mi afrenta vengar.

Mas, ah, no olvidéis que cárcel sombría
mi eterna enemiga, la infanta Leonor,
destíname acaso, y tal vez, impía,
decrete mi muerte, con fiero rencor.

Llegad a Navarra: mi pueblo que aún arde
en noble entusiasmo por vos morirá:
Llegad, que mañana tal vez será tarde,
y esclavo, en el polvo la frente hundirá.

Llegad, y que el iris de paz y bonanza
el pueblo navarro por vos vea lucir:
Oh Enrique, pues sois mi sola esperanza,
no a Blanca impasible así veáis morir.

Señor: mucho siento causaros enojos;

perdón os demando... ¡Ay! puedan con vos
las lágrimas tristes que vierten mis ojos,
as tiernas plegarias que elevo hasta Dios.»

Apenas hubo esta carta
firmado con mano trémula,
a sus buenos servidores
hizo venir ante ella.
Con ellos también llegaron
los miembros de la nobleza
que aún a doña Blanca fieles
la seguían por do quiera.
Entre estos mírase al conde
de Armañac, cuya presencia
en tan solemnes momentos
al lado de la princesa,
contra el tratado de Olite
es la más alta protesta.
También allí al condestable
de Navarra se contempla,
y a cien nobles caballeros
que arrojados de sus tierras,
prefieren ser pobres, antes
que traidores a su reina.
Así que los vio reunidos,
con voz conmovida y tierna,
sus lágrimas enjugando,
les habló de esta manera:

«Amigos: os llamo a todos
porque abandonar ya es fuerza
mi reino y mis pueblos fieles,
y ceder a la violencia.
Mi padre el rey de Aragón
así implacable lo ordena,
y obligante a separarme
de mi servidumbre regia.
Mañana, de mis contrarios
desdichada prisionera,
ultrajes y afrentas miles
sufriendo en extraña tierra,
ni incierta memoria acaso
tendréis ya de vuestra reina.»

-Señora -de emoción lleno
el buen conde le contesta-,

disponed de nuestras vidas:
El pueblo fiel, la nobleza,
que aún leal a vuestra causa
persecuciones desprecia,
cumplido homenaje os rinde,
y vuestra orden espera:
Que aunque pocos nos hallamos
para emprender hoy la guerra,
si vuestra alteza lo manda,
contentos, en su defensa,
moriremos como buenos
al pie de nuestra bandera.

-Gracias, amigos -les dice
conmovida la princesa-,
inútil ya vuestro arrojo
sería, y en mi conciencia
se alzaría el remordimiento
al derramar sangre vuestra.
Mas seguid siéndome fieles,
tal vez mañana la empresa
no fuera tan temeraria...
¡Oh! bien conozco que incierta
es la esperanza que agita
mi corazón, y con ella
quizá el postrer desengaño
me guarda la Providencia
mas ¿qué queréis?... La esperanza
es la fugitiva estrella
que caminando al ocaso
aún umbra al alma enferma:
Tal vez un momento brilla
con luz más pura y más bella,
absortos la contemplamos,
nuestra ilusión acrecienta,
y a poco envuelta en vapores
se oculta tras la alta sierra.
¡Oh! perdonad si os aflijo
Con mis temores y quejas;
¡ay! de estar a vuestro lado
breves momentos me restan.
Llegad, llegad y mi mano
besaréis por vez postrera;
mas antes tomad mis joyas...
Restos son de la grandeza
de mis mayores: guardadlas

como débil recompensa
a vuestra lealtad constante;
y vuestros hijos por ellas
recuerden en sus veladas
las DESDICHAS DE UNA REINA.

Dijo con trémulo acento:
Y sus vasallos se acercan,
y sus dádivas reciben
con lagrimas, que revelan
el sentimiento profundo
que sus almas atormenta,
al separarse por siempre
de la infelice princesa.
Luego inclinan la rodilla,
humildes su mano besan,
y su llanto comprimiendo
tristes ¡ay! tristes se alejan,
porque oculta voz les dice
que no volverán a verla.

Al retirarse Ramiro
pensativo un punto queda,
y en la triste doña Blanca
fijando la vista inquieta
así le dice:

-Señora:

Si en esa prisión horrenda
a que don Juan os destina
recibís con gran reserva
algún día un pliego mío,
cuantos avisos contenga
firme seguid, yo os lo ruego,
que señal es de que aún velan
por vos vasallos leales,
y que salvaros desean.

-Ya sé que sois arrojado,
doña Blanca le contesta;
Dios os premie, mi buen paje,
tanta lealtad y nobleza;
mas por salvarme la vida
no ciego expongáis la vuestra.

-¡Mi vida!... ¿Qué importa al mundo
que yo viva o que yo muera?

Huérfano soy: vos, señora,
todo cuanto amo en la tierra
representáis a mis ojos...
¿Vivir tranquilo pudiera
lejos del vos, y sabiendo
que inicuos os atormentan?
No, no; dejadme que intente,
libertaros... Si sufriera
en mi empresa un desengaño
sabré morir por mi reina.

-¡Oh corazón generoso!
¡Cómo digna recompensa
hallar a tanto heroísmo,
a abnegación tan suprema!
Conmovida doña Blanca,
del buen paje por la oferta,
murmuró, sin ver acaso
la dulce mirada, llena
de amor y tristeza a un tiempo,
con que Ramiro la observa.

Después de una breve pausa
la reina siguió:
-Pues muestras
me dais tan grandes, Ramiro,
de lealtad y de firmeza,
confiar sólo a vos quiero
de misión alta y secreta
el desempeño... Esta carta,
cuya dirección demuestra
ser para el rey de Castilla,
conduciréis con presteza
a su destino, cuidando
de que entregada le sea.
En ella ruego a mi esposo
que al punto me favorezca
con sus huestes, y me libre
del peligro que me cerca.
Partid pues: venced los riesgos
que en el camino os detengan;
que en este pliego que os doy
va mi esperanza postrera.

-Señora -el doncel exclama,
saludando con nobleza-,

si mañana a esta hora misma
vuestro fiel Ramiro alienta,
lejos del suelo navarro
no habrá ya quien me detenga;
y antes que el sol siete veces
se alce espléndido en la esfera,
habré lealmente cumplido
la orden de vuestra alteza.

Y saludando de nuevo
ganó el buen paje la puerta,
y montando en su caballo
partió, como aguda flecha.
Mas en tanto que dejaba
atrás montes y florestas,
cual silfo alado que al viento
audaz vence en su carrera,
en su mente así decía
con amargura siniestra:
«De un rey menguado no aguardes
auxilio, mísera reina...
Ahogar puedes ya en tu pecho
esa esperanza postrera.»

TERCERA PARTE. -LA HERMANA

I

Dos años después

¡Cuán mísera es la vida
para el que ansioso espera
consuelo a su aflicción;
y pasa el tiempo y nunca,
tras la tormenta fiera,
ve el astro que esperanza
da al muerto corazón!

Su espíritu hasta el cielo
mil veces, confiado,
eleva con afán:
Ah, sí; que al verse el triste
del mundo abandonado,
al cielo alza los ojos,

que a Dios buscando van.

Que sólo en el Eterno
consuelo encuentra el alma
sumida en el dolor;
y un punto en el Empíreo,
en apacible calma,
feliz del hombre olvida
el pérfido rencor.

Así la noble reina
que vio correr los años
en lúgubre ansiedad,
a Dios alza su espíritu,
que sólo desengaños
ofrécele ya el mundo,
y olvido y deslealtad.

¡Oh, cuantas, cuántas veces
absorta en la ventana
de su real prisión,
la contempló la noche
y la gentil mañana,
fiando de su esposo
ventura y salvación!

¡Ay mísera! que en vano
espera, confiada
en su ilusión falaz:
Pasaron días y meses,
y ya desalentada,
le hierde de la duda
el agujón tenaz.

Tal vez, en sus plegarias,
aún su esperanza acrece
más viva por la Fe.
Grata ilusión, que dulce
su espíritu adormece,
y que cual vaga niebla
desvanecida ve.

¡Feliz el prisionero
que aunque cautivo llora,
de amante compañero
en alma bienhechora

consuelos y esperanzas
encuentra en su aflicción!

Mas ¡ay de aquel que triste,
y solo, y sin amigos,
en cárcel dura existe,
cercado de enemigos,
sin ver jamás la aurora
de ansiada salvación!

¡Oh reina sin ventura!
¿La soledad de muerte
que te rodea, augura
contraria, infausta suerte,
o anuncia con su calma
risueño porvenir?

¡Ay mísera! Con velo
oscuro y misterioso,
tu porvenir el Cielo
oculta, silencioso,
y ni el arma traidora
verás que te ha de herir.

A orillas del claro Gave
orgullosa Orthez se eleva,
de fuertes muros cercada
y torres altas que ostentan
un foso al pie, y en su frente
vieja corona de almenas,
que de la célebre Orthesium
la anciana historia recuerdan.

La población dominando
en una colina esbelta,
se alza majestuoso y triste,
de la ciudad centinela,
el castillo de Moncada,
que un ancho adarve rodea,
fábrica de oscuros tiempos
en que a la ley de la fuerza
juicio de Dios llamaban
los potentes de la tierra.

Mírase en sus pardas torres
crecer la silvestre yedra,

verde ornamento que sombra
presta a sus góticas rejas:

Y numerosos soldados
guardan sus ferradas puertas,
su adarve y su barbacana,
que este castillo en la época
en que corre nuestra historia,
servía de mansión regia
a doña Leonor, la ilustre,
la poderosa princesa
de Bearne, Nemours y Gandía,
y de Navarra heredera;
señora de cien castillos,
de Fox muy alta condesa,
noble entre las nobles damas,
bella entre las damas bellas;
que estos pomposos dictados
y tal virtud y excelencias,
le atribuye, aduladora,
su cortesana nobleza.

Achaque de palacianos
fue siempre adular sin tregua;
medrar así se consigue,
y el adular nada cuesta.

Allí en justas y torneos,
allí en espléndidas fiestas,
do inspirados trovadores
su ingenio y su afán demuestran
en tributar a porfía
mil alabanzas discretas
a la ilustre habitadora
de aquella morada regia,
alegre pasa la vida
con su corte la princesa,
sin que el ayer ni el mañana
cuidados jamás le ofrezcan.

Mas si teatro de encantos
y de glorias palaciegas
es esta mansión augusta,
eslo también de tristeza:

Que allí en silenciosa torre

a solas llora sus penas,
doña Blanca la infelice,
la desventurada reina,
de su vengativa hermana
miserable prisionera,
en profundo desamparo,
sin esperanza en la tierra.

¡Oh! ¡Cuán extraño contraste
las dos hermanas presentan!
¡Qué inclinaciones tan varias
y qué suerte tan diversa!

Doña Leonor, iracunda,
cruel, altiva, soberbia,
que horribles planes medita,
de ambición, de orgullo ciega,
y cual Caín, despiadada,
tal vez en su mente inquieta
pensamientos fraticidas
trama, con atroz fiereza,
por ceñirse sin rivales
a su frente una diadema,
es admirada por todos,
parciales halla do quiera,
y risueña la esperanza
dichas sin fin le presenta.

Doña Blanca, generosa,
compasiva, humilde y tierna,
que sólo en el bien se ocupa,
de ardiente caridad llena,
que jamás de la venganza
pudo acariciar la idea,
y si demanda justicia,
Dios sólo en su suerte adversa
es su juez, y a él su corona
su reino y vida encomienda,
abandonada de todos
suspira en cárcel desierta,
y, perdida la esperanza,
su próximo fin contempla.

¿Quién los secretos designios
de la sabia Providencia
comprende? ¿Quién el misterio

de lo futuro revela?
Mas ¡ay! del que desafía
de Dios la justicia eterna.
¡Ay del malvado!... Terrible
es la expiación que le espera.

Si saber, lector amigo,
con toda verdad deseas
mil sucesos que te lleven
al fin de la historia cierta
de la princesa infelice
que llora su suerte adversa
del Castillo de Moncada
en hórrida cárcel fiera,
es forzoso que conmigo
llegues a oculta vivienda,
que en el arrabal situada
de Orthez, en la orilla izquierda
del claro Gave, entre arbustos
y árboles bellos se ostenta,
blanca y azul, cual la garza
que alegre en el río juega,
y humilde como las flores
que en grata festón la cercan.

Allí el anciano don Nuño
habita, y con ansia espera
la llegada de Ramiro,
o al menos la alegre nueva
de que aún vive, que dos años
han pasado, y ni la vuelta
dio el buen paje, ni noticia
de él tuvo, en tan larga ausencia:

Y ya el viejo receloso
al desaliento se entrega,
que es largo tiempo dos años
para el que su fin ve cerca.
Era una tarde de otoño,
y ya la naturaleza
sin verdor, la hojosa frente
inclinaba macilenta.

Triste el sol entre vapores
se oculta tras la alta sierra,
y la noche a paso lento

llega entre pardas tinieblas.
Del vespertino crepúsculo
a la claridad incierta,
sus tristes ojos alzando
don Nuño a la parte opuesta
del río, fijar parece
su vista en la fortaleza
de Moncada, que divisa
desde su humilde vivienda:

Y tal vez un pensamiento
de pavor y oculta pena
bulle en su mente, y le agobia
con implacable fiereza;
pues vese a poco una lágrima,
que de su pesar es muestra,
por su pálida mejilla
correr silenciosa y lenta.

Mas súbito la mirada
dirige a la agreste peña
do estrecho puente abre paso
de la ciudad a la vega;
y un punto alumbrar parece
su decaída existencia
de una esperanza imprevista
la luz brillante y serena.

Aún dudoso en la ventana
la rápida marcha observa
de un mancebo, que a la quinta
en negro trotón se acerca;
mas en breve desmintiendo
con juvenil entereza
la edad, que dejó en su rostro
marcada profunda huella,
traspasa con pie ligero
de su morada la puerta,
a punto que ya el jinete
de su montura se apea.

-¡Ramiro!... ¡Dios sea loado!
Don Nuño dice al que llega:
-Yo soy, don Nuño-, abrazándole
el viajero le contesta.
Largo tiempo en dulce lazo

ambos amigos se estrechan,
y con lágrimas de gozo
el ingrato suelo riegan.
Después llevando a Ramiro
el anciano a oculta pieza,
así ignorados azares
y proyectos se revelan:

NUÑO

¡Pardiez! que con vuestra ausencia
me teníais con cuidado:
Dos años os he aguardado,
que es mucho...

RAMIRO

Vuestra
impaciencia
comprendo, que no es la mía
menor, mas juzgad, oh amigo,
que a un poderoso enemigo
jamás se venció en un día.

Mucho en Castilla sufrí,
que es mi patria país ingrato;
y fuera largo el relato
de azares que allá corrí.
Baste, don Nuño, deciros
que aquel despiadado rey
ni jamás conoció ley,
ni le ablandan los suspiros.

A la cesión generosa
de su esposa desgraciada,
llamola ofrenda obligada;
y empresa torpe y ruinosa
juzgó el mandar sus legiones
a combatir contra Francia:

Que era mucha la distancia
dijo, y que las razones
en que fundarse podía
para atacar al francés
siendo injustas, mal después
ventajas alcanzaría.

NUÑO

¡Vive Dios! ¿A quien le ruega
pudo ofender con sus labios?
¿Cruel los justos agravios
de su noble esposa niega?

RAMIRO

Sí, amigo: mas obligado
viose al fin a hacer la guerra,
que aún hay en aquella tierra
nobles de pecho esforzado.
Ellos alzaron su espada
para luchar por Castilla,
y de extranjera mancilla
quedara presto vengada,
si el rey, que en nada su honra
aprecia, nunca firmado
hubiese, torpe, un tratado

que la humilla y la deshonra.

NUÑO

¡Imbécil!

RAMIRO

Rey sin honor
decid más bien: no le tiene
quien a ser, dócil, se aviene
instrumento de un traidor.

NUÑO

No de uno solo a mi ver,
pues don Beltrán de la Cueva
diz que su privanza lleva
también, y de su mujer
que audaz el amor le roba
dicen los murmuradores.

RAMIRO

Alusión a esos amores
escuché en más de una trova.
Y tal es el desprestigio
que a don Enrique rodea,
que al fin no es raro que sea
salvar su trono un prodigio.

Mas dejando aquí este asunto

hablemos de lo que importa,
que el tiempo se nos acorta,
y conviene obrar al punto.
Antes de llegar aquí
con Gontran hablé en secreto...

NUÑO
¿Fiáis de él?

RAMIRO
Es discreto.

NUÑO
Y avaro, según oí.

RAMIRO
Un avaro es un tesoro
para el que en empresas anda:
Si él accede a mi demanda
yo le daré mucho oro.

NUÑO
¿Vos?

RAMIRO
Sí, amigo; no os asombre,

timbres heredó y riqueza,
y no pagar con largueza
fuera indigno de mi nombre.

NUÑO
Mas qué intentáis?

RAMIRO
Escuchad:
Mañana, cuando su velo
tienda la noche en el cielo,
vuestras armas preparad.

Y a la aurora dos corceles
conducid junto al castillo:
Yo al pie estaré del rastrillo
con mis servidores fieles.

Mas importa estéis oculto

hasta que os de una palmada,
que esta es la seña acordada
con Gontran... Si extraño bulto

se os acerca, que en acecho
llega sin dar la seña,
alzando presto el puñal
sepultadselo en el pecho.

Si bien queremos salir
audacia emplear debemos,
y a la reina salvaremos,
o allí sabremos morir.

¡Oh, qué suerte si logramos
arrebatarle su presa
a la traidora condesa!

NUÑO
¡Felices si lo alcanzamos!
Mas ¿calculado no habéis
que el castillo está guardado?

RAMIRO
Todo peligro alejado
será por Gontran.

NUÑO
¡Tenéis
valor para confiar
en el sagaz escudero!

RAMIRO
Sí: que de un contrario artero
hizo el oro un auxiliar.
No temáis: del enemigo
triunfaremos...

NUÑO
El temor
nunca amenguó mi valor,
y vos de ello sois testigo.
Mas si en una empresa va
solo el valor, caro cuesta
muchas veces.

RAMIRO

Pues en esta
todo meditado está.

NUÑO

Basta: que aunque así no fuera,
tanto anhelé este momento,
que a la cita iría contento
aunque allí morir supiera.
Hora reparad, amigo,
vuestras fuerzas: si queréis
mesa y lecho aquí tendréis.

RAMIRO

Acepto.

NUÑO

Venid.

RAMIRO

Ya os sigo.
Y después de estas razones,
del aposento la puerta
salvó don Nuño, y Ramiro
siguió al anciano a otra pieza;

donde sentados delante
de limpia aunque pobre mesa,
que apetitosas viandas
ofrecía, y una botella

de vino español añejo,
tal vez de su audaz empresa
departían, o de azares
que sufrieron o que esperan.

Mas de lo que allí trataron
nada las crónicas cuentan,
ni tradiciones existen
que lo digan al poeta.

Así, permite, oh lector,
si mi historia te interesa,
que no haciendo este más largo
otro capítulo emprenda.

II

La envenenadora

En retirado aposento
de su soberbio Castillo,
cuyos muros de armaduras
y blasones revestidos,

de la moradora anuncian
nobleza y alto prestigio,
al par que de sus abuelos
la virtud y el heroísmo,

está la altiva condesa
doña Leonor, sin testigos,
meditando sus proyectos
en ademán reflexivo.

Su morena tez rosada,
sus ojos negros y hundidos,
su corva nariz, su boca
grande, aunque de labios finos,

y su cabello, que, baja
en negros y ásperos rizos
cubriendo su estrecha frente
hasta su cuello extendido,

danle varonil aspecto,
mas siniestro y repulsivo.
Es su sonrisa el anuncio
de algún proyecto temido,

y si algún objeto acaso
sus ojos contemplan fijos,
la mirada que desprenden
son dos rayos encendidos.

Luengo traje de brocado
en oro y en perlas rico
viste, ciñendo su talle
de seda negro justillo,

y rojo manto forrado
de blancas pieles de armiño,
cubriendo el sitio donde ella
medita en afán prolijo,
se extiende en airosos pliegues
de sus hombros desprendido.

Largo rato ha que en silencio
y sola está en su retiro,
un estuche contemplando
que, cerca de ella, extendido
sobre una mesa se mira
con cajas y botecillos.

Mas súbito dominada
de algún secreto designio,
de un timbre, con mano trémula,
alza el dorado martillo,
y tres golpes descargando
sobre él, vibrantes sonidos
produce, que el aire lleva
a los salones contiguos.

Y gira la puerta a poco
del aposento sombrío,
y una dama bella y joven
se acerca con paso tímido,
y a doña Leonor saluda
con grave ademán sumiso.

La condesa la contempla
un breve rato, y seguido
cerrar la puerta le manda
con un misterioso signo,
así con ella entablando
diálogo no interrumpido.

DOÑA LEONOR
Llega Irene: de mi hermana
saber quiero la respuesta.

LA DAMA
Señora, a vuestra propuesta
negose ya.

DOÑA LEONOR

¿Con que vana
fue con ella mi bondad?

¡Y mi plan veré deshecho
por su audacia!...

LA DAMA

Su derecho
prefiere a su libertad.
«Contestad a quien os manda
-me dijo asaz conmovida-,
que antes perderé la vida
que acceder a su demanda.
En buen hora la traición
por reina a mi hermana elija,
pero que de mí no exija
tan infame humillación.
Mi carcelera podrá
herirme, turbar mi calma
mas a su pesar mi alma
libre en la prisión será.»

Tal dijo y con paso grave
se alejó.

DOÑA LEONOR

¡Me desafía!
La firmeza y la osadía
de mi corazón no sabe.
Será mía su corona,
si su orgullo me desprecia
me respondió su persona.

Mas ¿qué digo?... ¿Y pude yo
un punto ocuparme de ella?
Escucha Irene: mi estrella
hoy grata me sonrió.

Samuel, que por mi salud
se interesa, una bebida
me ha traído, que la vida
conserva y la juventud.

Ciencia y riquezas por mí
gastó en elixir tan caro.

LA DAMA

Descubrimiento bien raro
que emplear debiera en sí.
Que es extraño que quien mira
la adusta vejez llegar,
a otros pretenda salvar
mientras é enfermo espira.

DOÑA LEONOR

¿Y tal conducta te extraña
en un anciano judío?

El oro es su Dios: impío
ve en él la vida, y se engaña.
Mas al par que me ha traído
el elixir bienhechor,
aguas me trajo de olor,

y de venenos surtido.

LA DAMA

¿Venenos?...

DOÑA LEONOR

Sí;
no te admire:
El antídoto compré
con ellos, y no seré
yo quien su ponzoña aspire.
Mas sabia cosa es vivir
contra un enemigo artero
precavida.

LA DAMA, con falsa timidez.

Yo prefiero
en mi ignorancia morir:
Que ansias y temblor febriles
siento esos filtros al ver.

DOÑA LEONOR

Yo haré desaparecer
esos temores pueriles.

Puedes tranquila observar
tales medios de venganza;
si una mano no los lanza

ellos no pueden matar.

Lleno este estuche se ve
de esos tósigos mortales,
y en innobles animales
ya su eficacia probé.

Acércate más, y observa
este de rojo color:
Por largo tiempo su olor
el entendimiento enerva.
Este, que Samuel llamó

Cicuta, la sangre inflama:
En su abrasadora llama
el gran Sócrates murió.
El acqua Tofana es esta,
en Italia conocida,
por los príncipes servida
al audaz que les molesta.
Mucho el tal bote costó,
mas yo no lo encuentro caro,
y otro aún más precioso y raro
el buen Samuel me vendió.
Este líquido admirable
cuyo secreto he comprado,
prestar puede al desgraciado
un fin dulce y envidiable.

Helo aquí: quien a gustar
llegue tan grato beleño,
de su fantástico sueño
nunca anhela despertar.

Y al acercarse la muerto
siente gratas emociones,
y entre dulces ilusiones
feliz bendice su suerte.
Este pomo de cristal
con su cubierta de oro
guarda tan rico tesoro:

Míralo bien; sin igual
es su misterioso encanto;
digno de reyes parece,
y al noble proscrito ofrece

calma eterna en su quebranto.

LA DAMA, con afectada indiferencia.

Felices los reyes son,
y la muerte no desean.

DOÑA LEONOR

No es raro a veces se vean
perdidos por su ambición.

Ejemplo de esta verdad
es mi hermana, que conmigo
osa luchar, y el castigo
sufre de su terquedad.

Al rey su padre ofendió
por defender a su hermano,
y ella misma por su mano
sus cadenas se labró.

Vengar la ofensa traidora
hecha a un padre, que es el mío,
es mi deber, y aunque impío
me es fuerza cumplirlo ahora.

Bien sabe Dios que infeliz
me hace esta misión odiosa,
y fuera yo muy dichosa
o mi hermana muy feliz
si una de las dos muriera.

LA DAMA

¿Vos, reina de la hermosura,
de Francia gloria y ventura,
vos morir?...

DOÑA LEONOR

¿Extraño fuera?

¡Ay! yo te aseguro, Irene,
que si un alma bienhechora
de aquesta lucha opresora
a libertarme no viene,
sumergida en hondo duelo
verasme presto espirar.

LA DAMA

Debéis del cielo esperar
a vuestra ansiedad consuelo.

DOÑA LEONOR

Triste, en verdad, es vivir
esperando de continuo,
cuando no hay otro camino
que el de matar o morir.

Oh, si un alma fuerte hubiera
que evitarme el sacrificio
quisiese, por tal servicio
oro y privanza le diera.

Pruebas en su acción vería
de amistad y de entereza,
y el poder y la riqueza
con ella compartiría.

LA DAMA

Feliz quien pueda, señora,
adivinar vuestro intento,
y amenguar el sufrimiento
que vuestro pecho devora.

¡Quién sabe! Tal vez hallar
logréis pronto el fiel amigo
que vuestro afán testigo,
venga el lazo a desatar
con que os liga suerte impía.

DOÑA LEONOR

Oh gracias: tú confianza
me inspiras, y de esperanza
inundas el alma mía.
Hora recoge este estuche,
y al guardarlo donde sabes
puedes conservar las llaves.

Ve pues: déjame que luche
a solas con mi ansiedad;
y, tranquila meditando,
mis planes vaya pesando.

LA DAMA

Señora, con Dios quedad.

Cogió la dama el estuche
y al llevárselo consigo,
en doña Leonor los ojos
fijó con aire maligno.

Una mirada cruzaron
que mil secretos designios
revelaba, y mil proyectos
de venganza y de exterminio:

Y con siniestra sonrisa,
al verla alejarse, dijo
en voz baja la condesa:
«Creo que al fin me ha
comprendido.»

Y doña Irene, mirando
el dorado botecillo,
así pensó al retirarse
del aposento sombrío:

«Saciar, oh noble condesa,
quieres tu afán vengativo;
fáltate el valor, y pides
un brazo que te dé auxilio...

Le hallarás; mas ten en cuenta
que tu secreto es ya mío:
Con él labro mi fortuna
y a mi voluntad te rindo.»

III

Anuncio consolador

Huyó la estación galana
de los plácidos amores;
del estío los ardores
desaparecieron ya:
y el dulce otoño velando
su faz en manto sombrío,

al soplo de invierno frío
triste alejándose va.

Triste también doña Blanca
morir vio las gayas flores,
y tal vez de sus dolores
la imagen en ellas vio.

Y al contemplar que inclemente
el viento las deshojaba,
en su pecho desmayaba
la esperanza que abrigó.

Y lágrimas derramando
les dijo así conmovida:
«Flores que perdéis la vida,
¿os volveré yo a encontrar?
Ayer os vi en mi ventana

ricas de gracia y colores,
hoy del cierzo a los rigores
la frente os miro inclinar.

¡Quién sabe! Tal vez mañana
tendré yo la misma suerte;
también herida de muerte
mi cabeza inclinaré.
¡Ay! vendrá la primavera,
y en nueva vida, olorosas,
tornaréis aquí dichosas,
mas yo nunca volveré.»

Tal dijo: y luego la vista
en la ancha vega fijando,
largo tiempo meditando
en honda contemplación,
quedose cual muda estatua,
sin ver que el astro del día
lento ya su frente hundía
en la occidental región.

Mas de su abstracción a poco
sacola extraño ruido,
que tres veces repetido
su pecho vino a turbar.
Y alejose de la reja

por averiguar la causa,
y con misteriosa pausa
entonces se oyó nombrar.

-«¿Quién viene -dijo medrosa-
a turbar hora mi calma?»-
Y una voz le dice: -«Un alma
que vela en vuestra prisión.
Tomad, Señora, este aviso
que un buen amigo os envía:
No desmayéis, que ya el día
se acerca de salvación.»

Acercose la princesa
a do la voz se escuchaba,
y un pliego vio que asomaba
de la puerta en el umbral.
Cogiolo, y al ver la firma

en él de su fiel Ramiro,
lanzando ardiente suspiro
exclamó: «¡Siempre leal!»

Y del espirante día
a la claridad dudosa,
por la ansiedad temblorosa,
esto en el pliego leyó:
«Cuando sus primeros rayos
mañana muestre la aurora,
velad, mi reina y señora,
que a salvaros iré yo.

Y conmigo otros leales,
en la desgracia probados,
vendrán también, denodados
a daros la libertad.

Parciales en el castillo
contamos a nuestro intento:
Llegó el ansiado momento,
Reina y señora, alentad.»

Feliz Blanca se contempla
con lo que el pliego le augura,
que tan cercana ventura
nunca realizar creyó:

Mas sin poder el dominio
sufrir de emoción tan fuerte,
en un sitial cayó inerte,
y aletargada quedó.

IV

El dos de diciembre

Rayaba ya la aurora
de tan nefasto y memorable día,
en que arrogante la maldad debía
luchar con la inocencia: era la hora
en que natura al Hacedor eleva
de gratitud un himno y de alabanza,
que un ángel puro hasta su trono lleva:

La grata hora en que el dormido mundo
despierta a la alegría,
y en que el mortal, henchido de esperanza,
nueva existencia a respirar se lanza
en torrentes de luz y de armonía.

Aún en quietud profunda
de Orthez el pueblo todo se entregaba
al blando sueño, y sólo interrumpía
su sepulcral silencio, allá en la vega,
el canto prolongado
del labriego, que al campo conducía
desde la humilde choza su ganado.

Mas al pie del rastrillo
del extenso y fortísimo castillo
de Moncada, se miran
llegar dos hombres, y el sonido a poco
de confusas palmadas
por tres veces repite el vago viento:

En breve resbalando la cadena
del levadizo puente,
al peso cruje que tenaz enfrena;
y sobre el foso la pasada mole
descansar en la piedra al fin se siente,
a un hombre dando paso

que en traje de escudero
en la puerta aparece del castillo:

-¿Estáis listo, Gontran? -de los de afuera
pregunta uno, al que en la sombra vaga
se adelanta del puente, al par llevando
la mano diestra al pomo de su daga.

-Mi palabra cumplí: la guardia toda,
al sopor de un narcótico rendida,
al sueño está entregada, y yo velando
hace un hora, Ramiro, que os espero:

De la prisión aquí tengo las llaves;
la ocasión es propicia, andad ligero.
Dice Gontran, y súbito Ramiro
con su fiel compañero se adelanta,
en voz baja diciéndole:

-Don Nuño,
seguidme en pos, y estad apercebido,
por si este hombre a la traición vendido
aquí su voz o su puñal levanta.

Y atravesando el levadizo puente
la ancha puerta después los tres salvaron,
y por estrecho caracol pendiente
de doña Blanca a la prisión llegaron.

Con cautela Gontran abre la puerta
de aquella cárcel hórrida y sombría;
y en la triste mansión el paje y Nuño
del escudero en pos se precipitan.

Triste silencio en derredor reinaba,
ni una voz, ni un suspiro allí se oía;
el eco en la alta bóveda repite
sólo el rumor de sus pisadas mismas.

De ansiedad palpitantes se detienen,
en torno luego la mirada fijan,
y del alba naciente al rayo tibio,
que temeroso por la estrecha ojiva

en la prisión penetra, derramando
de azulado color luz indecisa,

a Blanca ven en el sitio, inmóvil,
y en blando sueño al parecer rendida.

¡Duerme! ¿Cómo la mísera al descanso
puede entregarse, por su mal tranquila,
en el supremo instante en que a salvarla
sus parciales intrépidos corrían?

Mas ¡ay, Blanca infeliz!...

Por un momento
volvamos, oh lector, atrás la vista,
y sabremos la causa de ese sueño
en que postrada yace y sumergida.

V

El crimen

Después que la triste reina
por el pliego impresionada
en un sitio desmayada
y sin aliento quedó,
por el pasadizo estrecho
que a su prisión conducía,
apenas se extinguió el día
rumor de pasos se oyó.

Y a poco giró la puerta
de aquella cárcel oscura,
y viose blanca figura
dibujarse en el dintel.
Era una dama; en su diestra
tallada copa traía,
su siniestra una bugía
y al brazo rojo alquicel.

Adelantose, la estancia
con lentos pasos midiendo,
y el alquicel extendiendo
sobre un ancho velador,
en él la luz y la copa
depositó en breve instante,
y de la reina delante
presentose con temor.

-«¡Durmiendo, está! -pensó ella
al verla sin movimiento-,
Dios o el diablo este momento
me proporciona feliz.
Y aprovecharlo es prudencia...
Mas ¿será el sueño celada?
Si caigo en torpe deslizo.

Y a doña Blanca acercóse
con cautela sigilosa,
y sorprendida y dudosa
al no oírle respirar,
-«¿será un desmayo o la muerte
a mí se habrá adelantado?
Dijo, y con pecho turbado
volvió luego a observar.

-»Bien dije que estoy del Cielo
o de Satán protegida;
-murmuró ya convencida
de su desmayo cruel.-
Y es el momento oportuno
para quien su suerte aprecia,
y seré asaz torpe y necia
si no me aprovecho de él.»

Y dorado botecillo
de extraño líquido lleno,
que oculto lleva en el sello,
con lenta mano sacó:
Lo abrió ansiosa, y en los labios
de la augusta desmayada,
trémula y apresurada
su contenido vertió.

A poco, en febril acceso,
viose a Blanca temblorosa,
y la dama, recelosa,
temblaba acaso a la vez.
Mas presto pasó: sus ojos
quedaron fijos, y abiertos,
y el cuello y rostro cubiertos
de una mortal palidez.

Por largo tiempo la dama

la estuvo audaz contemplando,
mas del velador tomando
la luz que trajo al llegar,
dirigiose hacia la puerta
con paso seguro y lento,
murmurando en bajo acento
la estancia al abandonar:

-«¡Un crimen!... Bah, la privanza
será mi castigo eterno,
y si hay en verdad infierno,
condesa, iremos las dos.
Al fin cayó la paloma
de águila fuerte en la garra...
Ahora, reina de Navarra,
demanda justicia a Dios.»

Tras de reto tan impío
partió la envenenadora,

muda calma aterradora
en breve reinando allí.
¡Pobre Blanca! infausta suerte
fue eternamente contigo,
y hoy mueres sin que un amigo
tierno vele junto a ti.

Sí; mueres en el momento
en que dicha hallar soñabas,
e ilusiones halagabas
de próxima libertad.
Eras un ángel, y quiso
llevarte Dios a su lado...
¡Ay del corazón malvado
que osó herirte sin piedad!

VI

El juramento

Apenas en la estancia entró Ramiro
do halló a la reina al parecer dormida,
presentimiento horrible lo anonada,
y con pavor su corazón palpita.

Hacia ella extiende tos convulsos brazos,
su extraña palidez trémulo mira,
y ante su helado, aterrador silencio,
inquieto a su pesar teme y vacila.

«Venid, señora, presto -al fin exclama,
y con respeto al par la frente inclina-,
venid que ya la suspirada aurora
de la ventura en el oriente brilla.

De vuestra cárcel las ferradas puertas
abiertas ante vos ora se miran;
tal vez en breve, oh reina, en vuestro solio
la vil traición contemplaréis vencida.

¡Venid presto, venid...!! -Mas, ah
que vano repite el paje, que a salir la excita,
«Venid, venid» inerte doña Blanca
su voz no escucha o su consejo esquivia.

Con ansiedad creciente a ella se acerca,
luego los ojos en los suyos fija...
Inmóviles sus ojos no responden
a sus miradas cual en otros días.

Toca su mano, ¡ay Dios!... también su mano
sin movimiento está, pálida y fría;
y de espanto y dolor sobrecogido,
«¡ay, muerta, muerta!» horrorizado grita.

De Ramiro a la voz Gontran y
Nuño se acercan presurosos, y la vida
intentan devolver a la infelice
víctima triste de infernal perfidia.

¡Esfuerzo inútil!... El tremendo golpe,
fruto cruel de infame hipocresía,
seguro descargó con diestra mano,
triunfando la maldad de la justicia.

«¡Muerta!... ¡muerta!» -los tres, dolientes, dicen,
y sus voces del eco repetidas,
«¡muerta! ¡muerta!» se escucha en lontananza
por los patios y extensas galerías.

Mudos ayes, sollozos comprimidos

suceden a sus gritos de agonía,
mas la frente elevando el noble paje,
que al peso estuvo del dolor rendida;

su diestra hacia el cadáver extendiendo,
y llamas de furor de sus pupilas
trémulo destellando, así murmura
con apagado acento y faz altiva:

-«Ilustre reina, víctima infelice
de la traición más negra y más inicua,
ante tus nobles restos yo te juro
tus agravios vengar, tu muerte impía.

Sí: vengada serás: el mismo Cielo
de insólito valor mi pecho anima:
Yo seré de la justa Providencia
el brazo vengador que el rayo vibra.

¡Ay de tus asesinos! Ni una hora
tras de su crimen gozarán tranquila,
y el fruto al recoger de sus maldades
con su esperanza perderán la vida.»

Así dijo; y su frente descubriendo,
y sumiso doblando la rodilla,
con amoroso afán, por vez postrera
de su reina en la mano inerte y fría
un ósculo imprimió, triste regándola
al par con una lágrima furtiva.

Ayes del corazón lanza don Nuño,
trémulo llega y a Ramiro imita,
y Gontran conmovido al
contemprarlos
sin poderse vencer también suspira.

Vívido el sol alzabase en oriente
y ya la estancia con su luz teñía,
y aún el mísero anciano y el buen paje
silenciosos allí permanecían.
Mas Gontran, temeroso, «huid»
-les dice-;
«si descubiertos sois perdéis la vida,
y a mí también entonces cruel castigo
airada la condesa me impondría.

Muy tarde es ya, partid...»

«Oh, sí,
partamos»,
Ramiro exclama, y a don Nuño excita
presuroso a partir, del escudero
al par saciando la genial codicia.

-«Tomad» -le dice, y de sonante oro
una bolsa en sus manos deposita-,
«éste, Gontran, el precio es del servicio
que tan inútil fue; mas si la impía
suerte se opuso a nuestros nobles planes,
aún resta que vengar la ilustre víctima.

Ya mi cómplice sois; la suerte vuestra
a mi suerte por siempre queda unida:
Premio doy al leal: a los traidores...
Guardaos, Gontran, de la venganza mía.»

Y conduciendo hacia la puerta a Nuño,
que lleva el alma de dolor transida,
y que espirante y sin aliento marcha
apoyado en el brazo de su guía,

con él se aleja del fatal castillo
y en las calles se interna de la villa,
en tanto que sus últimas palabras
a sus solas Gontran pesa y medita.

Pocas horas después el pueblo todo

a la mansión condal raudo llegaba,
por admirar el fúnebre aparato
que en la regia capilla
de los condes de Fox se contemplaba.

Sobre enlutado catafalco airoso,
del arte maravilla,
rico en blasones, donde el oro brilla,
y de cien y cien luces rodeado,
de la que fue en el mundo
soberana del reino de Navarra
el noble cuerpo vese levantado.

Con silencio profundo

la multitud escucha
de los ministros del altar las preces,
y lágrima furtiva
derrama compasiva,
o doliente suspiro exhala a veces:

Que aun en tierra extranjera
hay nobles almas que la muerte aciaga
lamenten de la augusta prisionera.
Sí; que do quier que la piedad derrame
los rayos de su luz esplendorosos,
pueblo cristiano existirá que aclame
los puros sentimientos generosos.

Llorad, llorad, sensibles corazones,
a la más desdichada de las reinas;
y cuando oculte sus augustos restos
la losa funeraria,
entre puras y santas emociones
de vuestros labios brote una plegaria.

Sí, llorad; que es el llanto
manantial fecundo de consuelo;
y la oración el himno sacrosanto
que une la tierra con el almo Cielo.

VII

Proyectos de venganza

El año mil cuatrocientos
setenta y nueve corría;
y era el día veinte y ocho
de Enero, según publican
de Navarra los anales,
cuando las Cortes reunidas
en Tudela, proclamaban
al eco de ardientes vivas
a la condesa de Fox
por soberana legítima
del reino, y con grave pompa,
en la suntuosa basílica,

la real diadema a su frente
el obispo le ceñía,

no sin que antes jurase
ante el altar de rodillas,
la mano en los evangelios,
con frase clara y concisa,
guardar los fueros antiguos
de merindades y villas.

Entregábase Navarra
a la más loca alegría,
que de don Juan el segundo
la muerte no fue sentida,
y aún de sus leyes crueles
muchos el peso sufrían,
y de su venganza otros
presagiaban nuevas víctimas.

Y aunque la altiva condesa
no era del pueblo querida,
con vítores a su paso
entusiasta la acogía,
que, ansioso de novedades,
siempre el pueblo felicita
al rey entrante, y al muerto
con facilidad olvida.

Mas de las fiestas gozando,
entre flores y armonías,
a la multitud dejemos,
que veloz se precipita
de Tudela por las calles
tras la carroza magnífica
en que va la nueva reina,
llena de inefable dicha,

los aplausos escuchando
y las músicas festivas,
a cuyo son mil cantares
alusivos se improvisan
y mil danzas placenteras,
vistosas aunque sencillas:

Y huyendo de aquella atmósfera
de embriagadora alegría,
de la ciudad a un extremo
fijemos luego la vista,
y el umbral atravesando

de un pobre mesón, que a orillas
del raudo Queiles se alza
solitario, en la campiña
fertilísima y riente
que se prolonga hasta Oblitas,

en un oculto aposento,
do apenas la luz del día
por estrecha claraboya
penetra dudosa y tímida,
de un ancho hogar a la lumbre,
sentados en toscas sillas,
dos hombres encontraremos
que en ocasiones distintas
figuraron en las páginas
de esta narración verídica.

Es uno de ellos Ramiro
y el otro Gontran: en íntima
plática así departen,
ora en calma, ora con ira:

GONTRAN

Recibí un mensaje vuestro
y fiel he estado a la cita.

RAMIRO

Vuestra exactitud me place;
y compensaciones dignas
os guardaré, si accedéis
a lo que de vos exija.
Que aunque pasó largo espacio
sin vernos, y aunque noticias
en quince años no hubisteis
de mi persona, en Castilla,
do estuve tan largo tiempo,
siempre en memoria os tenía,
que soy noble, y nunca olvido
beneficios que reciba.

GONTRAN

Decir de vos yo pudiera
otro tanto, que crecida
recompensa a mis servicios
disteis con mano propicia.

RAMIRO

Pues de vos depende hoy
tener otra aún más cumplida,
y que poseedor os haga
de riquezas infinitas.

GONTRAN

Declarad pues sin rebozo
lo que debo hacer...

RAMIRO

Sencilla
es la cosa, aunque arriesgada;
mas antes que franco os diga
mis proyectos, anunciaros
debo sucesos que explican
mi conducta, y que a servirme
con eficacia os obligan.

GONTRAN

Os escucho.

RAMIRO

¿Recordáis
que vengar la muerte inicua
de doña Blanca os propuse
en aquel infausto día
en que intentamos salvarla?

GONTRAN

Aún vuestras palabras mismas
recuerdo...

RAMIRO

Feliz memoria
tenéis, Gontran, a fe mía,
y vuestras promesas ella
de repetiros me evita.
Vengar juré a doña Blanca
de los malvados que en vida
inicos la maltrataron
con infame alevosía,
y la justa Providencia
la empresa me facilita:

Al padre cruel los rayos

lanzole de su justicia,
y el rey que llamaban Grande,
que ciñó a su frente altiva
seis coronas, sin amigos
murió, cual morir podría
el último de sus súbditos,
en la situación más mísera.

También al pérfido esposo
su santa mano castiga,
que infamia y celos devora
entre asechanzas continuas,
y con el tormento muere
de ver su estirpe extinguida.
Resta tan sólo la hermana...
La cruel ahora tranquila
goza de su negro crimen,
coronada y aplaudida...

Mas no será, que si el Cielo
aún no lanzó de su ira
sobre ella el tremendo rayo,
es, Gontran, porque está escrita
en mi empresa su sentencia,
y a la venganza me anima,
que a nuestro valor y audacia
el justo castigo fía.

GONTRAN

¡Un crimen!... Oh, no esperéis
que ya en tal proyecto os siga.

RAMIRO

¡Pardiez! con esos escrúpulos
parecéis monja novicia,
y contrastan lindamente
con vuestra conducta antigua.

GONTRAN

Siento en verdad ofenderos
con mi tenaz negativa,
mas...

RAMIRO

¡Vive Dios, que ya basta

de dolo y de hipocresía!
¿Queréis que os tenga yo ahora
por un santo cenobita?
Pesad bien lo que os propongo
en vuestra conciencia íntima:

Si mi proyecto aceptáis,
los bienes que adquiriré un día
en la noble y justa guerra
que a Navarra hizo Castilla,
con un título de conde
que heredé de mi familia,
vuestró son: mas si insensato
burléis la esperanza mía,
Gontran, requerid la espada,
porque o me quitáis la vida,
u os mato yo, y de venderme
os evito la ignominia.

GONTRAN

Tentadora es la propuesta,
y necio en verdad sería
si entre dar una estocada
y exponerse a recibirla,
o ser conde y tener rentas
y posesiones magníficas,
eligiese lo primero
por una lealtad mentida.

RAMIRO

¿Con que aceptáis?

GONTRAN

Sí, que acepto.

RAMIRO

Así, Gontran, os quería.

GONTRAN

Mas ¿qué debo hacer?

RAMIRO

Oídló:
¿No sois vos el que hoy habita
la estancia, al departamento
de doña Leonor contigua?

GONTRAN

Yo soy.

RAMIRO

De vuestra privanza
con placer tuve noticia.

GONTRAN

A extraña suerte la debo;
que hace dos meses que iba
acompañando a la reina
a caza de montería,
y de una fiera al mirarse
en el bosque acometida,
pidió auxilio; con mi arrojo
librela de ser su víctima,
e hízome su maestresala,
de mi acción agradecida.

RAMIRO

Bien está: ved ahora como,
para el plan llevar a cima,

me ocultáis en vuestra estancia
sin que nadie lo perciba.
Y puesto que vos estáis
encargado de asistirla,
sólo os exijo que antes
de servirle la comida,
lleguéis a hablarme un momento,
y... no faltéis a la cita.

GONTRAN

Comprendo.

RAMIRO

Bien; pues si os place,
fijadme la hora precisa
y el lugar en que aguardaros
deba yo.

GONTRAN

Pues que propicia
es la ocasión, porque ausentes
la reina y su comitiva

hora están de la morada
que en esta ciudad habitan,
venid pues, que entre el estruendo
que a la multitud anima,
llegaremos al palacio
sin que nos sigan la pista;
y allí por oculta puerta
cuya llave me confían,
sin peligro llegaréis,
Ramiro, a la estancia mía.

RAMIRO

Pues no hay que perder momento:

Audacia y cautela os sirvan.

GONTRAN

Seguidme, y estad tranquilo,
que en ello juego la vida.
Y ciñendo la espada al ancho cinto
del tosco hogar entrambos se
apartaron,
y abandonando en breve aquel
recinto
raudos a la ciudad se encaminaron.

VIII

La expiación

El astro rey de los astros
trece veces alumbró
desque Gontran y Ramiro,
en el oscuro mesón,
en misteriosos contratos
se convinieron los dos;
y Tudela en este tiempo,
de las fiestas al rumor,
como el campo en primavera
alegre siempre se vio.

Cubrieron sus calles todas
flores y ramas de olor;
arcos se alzaron triunfales
de adornos con profusión;

y ni balcón ni ventana,
ni elevado mirador,
viose libre de curiosos
mientras el bullicio duró.

Mas los festejos tocaban
por fin a su conclusión:
Era el día postrimero
y el pueblo con más ardor
por las plazas y las calles,
en revuelta confusión,
cual desatado torrente
lanzábase sin temor,
siempre anhelante y curioso
del vano placer en pos.

Ante la regia morada
ancho palenque se alzó,
do la nobleza pudiera
gala hacer de su valor.
Balcones y galerías
poblaban en confusión,
junto a la elegante dama
el dignatario de pro,
junto al barón o el hidalgo
algún juez perquiridor.

Y en extensa gradería,
de asientos sin división,
los pecheros y soldados
y el escudero hablador,
con el rufián y la dueña
confundidos en montón,
el sitio se disputaban
por conseguir el mejor.

Y los jueces del torneo,
en blasonado balcón,
que ante el concurso se eleva
y cercan en derredor
hombres de armas y heraldos,
acuartelado escusón
ostentando en sus dalmáticas
de abigarrado color,
dan sus órdenes y esperan,
de pie, con viva atención,

que el áureo sitial ocupe
la reina doña Leonor.

En tanto crece entre el pueblo
la algazara y confusión,
y no falta algún osado
y arrogante justador,
entre la altiva nobleza
que a lidiar se preparó,
que critique la tardanza
y el orden de la función;
y al ver que al pasar las horas
del pueblo crece el rumor,
más su impaciencia demuestra
en sagaz murmuración.

Más súbito en el palenque
un heraldo apareció,
y de trompas y atabales
al inarmónico son,
silencio impuso al concurso,
y en voz alta pregonó:
«Por mandato de su alteza
la reina, que guarde Dios
-y al pronunciar estos nombres
la frente al suelo inclinó-,
los torneos y las justas,
de la belleza en honor,
que por final de estas fiestas
el real cartel anunció,

quedan sin efecto; y quiere
su alteza, sin dilación,
que yo, su heraldo de armas
y su humilde servidor,
así publique esta orden
e intime su ejecución,
al noble como al pechero,
al siervo como al señor,
que acatarla todos deben
de clase sin distinción.»

Dijo; y de nuevo el sonido
de las trompas se escuchó;
mas esta vez lo ahogó al punto
el murmullo atronador

del pueblo, que no esperaba
tan extraña solución.
Cada cual sucesos raros
inventaba a su sabor,
del misterio de la orden
dando la interpretación:

Quién con Castilla juzgaba
que nueva guerra estalló;
otro de diez mil franceses
soñaba con la invasión;
y no faltó alguna vieja,
que, con misteriosa voz,
a su vecino anunciase
del mundo la conclusión.

Mas poco a poco el concurso
el palenque abandonó:
La noche con sus tinieblas
en silencio aterrador
trocó el alegre bullicio
que en Tudela antes reinó.
Tal de la vida a la muerte
es la horrenda transición.

Suspendiéronse las fiestas
del pueblo tan anheladas,
que aqueja dolencia grave
a la reina de Navarra,
y en la ciudad no hay doctores
que consigan aliviarla.
Mil medios nunca empleados
en vano la ciencia ensaya;
pobre es la ciencia si ignora
de la enfermedad la causa.

Y ya los médicos dudan
y desconfían salvarla
de la muerte, y le aconsejan
que piense en Dios y en su alma.
Resuenan con eco triste
en la iglesia las campanas,
al clero y al pueblo todo
invitando a las plegarias.
Mas, ah, que en vano al Eterno
cantos de piedad se alzan,

que en tanto avanza la noche
más doña Leonor se agrava,
y ya los auxilios pide
de nuestra Fe sacrosanta.

El alto clero y los nobles
ocupan la extensa cámara,
contigua a la estancia regia
en que Leonor de Navarra,
ante la eterna Justicia
postra su soberbia vana.
El estertor de la muerte
su respiración embarga;
tiembla al pensar en sus crímenes

cuando del mundo se aparta,
y que a Dios debe dar cuenta
de su conducta pasada.

Al pie de su lecho en tanto
preces el obispo alza,
encomendando al Eterno
de la regia enferma el ánima.
Reina silencio profundo,
y la ansiedad se retrata
de los nobles circunstantes
en las inciertas miradas;
que en presencia de la muerte
todas las pasiones callan,
y sólo la idea surge
de nuestra mísera nada.

«Ayer Leonor, venturosa,
en su triunfo se gozaba,
y a su frente, audaz, ceñía
la corona de su hermana:
Hoy herida por el rayo
de la divina venganza,
muere cuando ansiosa el fruto
de sus maldades tocaba.»
Tal a la mente de todos
este pensamiento asalta,
que siempre el crimen oculto
se adivina aunque se calla.

Veloz el tiempo corría,

y ya en la iglesia inmediata
el toque de media noche
al aire dio la campana,
cuando el prelado saliendo
a la puerta de la estancia,
la reina ha muerto, con grave
eco, que el pesar embarga,
dice a la corte, y el noble
condestable de Navarra,
tres veces la voz repite
por las regias antecámaras.

Confuso rumor entonces
se eleva del viento en alas,
y el grito de ¡viva el Rey!
entre el murmullo se apaga.
Que nadie del nuevo príncipe
felicidades aguarda;
y muchos presagian guerras,
y todos males presagian.
Así don Francisco Febo
a reinar entró en Navarra,
y este presagio cumplido
contempló Europa asombrada;
que con él finó su reino,
y en él se extinguió su raza.

El sol del siguiente día
en el ocaso rayaba,
cuando con grave silencio
y con pompa desusada,
fúnebre cortejo viose
de cortesanos y damas,
que, precedido del clero,
en dos filas ordenadas,
de Tudela la campiña
lentamente atravesaba,
de inmenso pueblo seguido,
en dirección de Tafalla.

En enlutada litera,
sin vida se contemplaba
a la que ayer aplaudida
del pueblo, y victoreada,
de altos y preclaros reyes
en el trono se sentaba.

A su voz de triunfo uniéronse
las funerales plegarias...
Subió al solio por un crimen;
por otro al sepulcro baja:
Quince días reinó sólo;
murió al tocar lo que ansiaba...
¡Cuán efímera es la dicha
que por el crimen se alcanza!

Hay en Tafalla un convento
de franciscanos morada,
si por sus recuerdos célebre
imponente por su fábrica.
La enlutada comitiva
a sus puertas se adelanta,
al fúnebre son del címbalo
y de religiosas cántigas.
Llega al santuario trémula:
Contempla la tumba avara
pronta a recibir los restos
de la reina de Navarra...
Ya dentro de ella los mira;
cae la losa funeraria,
y breve salmodia luego
se pierde del viento en alas.

Todo acabó. Murió el día,
y la iglesia solitaria
se contempla y pavorosa
a la luz de tenue lámpara.
Mas oculta en las tinieblas
dibújase sombra humana:
Es un hombre: su faz lívida
cubra con su negra capa,
pero a través del embozo
de sus ojos rayos lanza.

Un punto fija la vista
en la tumba abandonada,
y con sonrisa siniestra
así murmura en voz baja:
«¡Vencí!... que del fuerte a veces
triumfa el débil, con audacia.
Y tú, Blanca, flor hermosa
por mano aleve cortada,
hoy ángel de luz divino

de Dios en la excelsa estancia,
la vista a la tierra vuelve,
que estás, reina, bien vengada.»
Y la iglesia abandonando
con silenciosas pisadas,
protegido por las sombras
alejose de Tafalla.

IX

El peregrino

La noche avanza: tras el alto cerro
ocúltase veloz el rey del día,
matizando a su paso los celajes
de púrpura y de oro en suaves tintas.

Ya de la tarde el cándido lucero
como faro en el mar fúlgido brilla,
sus puros resplandores reflejando
las claras ondas del Jordán tranquilas.

Reina triste silencio: es esa hora
en que natura al parecer dormita;
es esa hora de misterios llena
en que el mortal ante su Dios se inclina.

Allá en la falda de escarpado monte,
a la luz del crepúsculo rojiza,
se ve a Jerusalem, la ciudad santa,
la del Rey de los reyes escogida.

Allí la palma solitaria crece
junto a sus viejas torres derruidas,
y el euro pasa, y al pasar la besa,
y entonces ella con amor suspira.

Allí en la tarde de aterido invierno,
entre la niebla vagarosa y fría,
destácase del Gólgota la cumbre,
cual un fantasma de ilusión fatídica.

Y allí está el templo que la sacra tumba
guarda del Salvador: el alma pía,
al ver sus muros, que la edad respeta,

de amor sagrado y de placer palpita.

¡Jerusalem! ¡Jerusalem!... Tu nombre
repito al son de mi inacorde lira:
¡Oh! si pudiera respirar el aura
tibia y suave que el Jordán te envía;

si esos tus viejos, carcomidos muros
lograra contemplar ante mi vista,
elevando mi espíritu hasta el Cielo
humildoso ante ti me inclinaría.

Por los valles un tiempo florecientes,
áridos hoy, que ostenta Palestina,
anciano peregrino se encamina
con lento paso a la oriental Sión.

Su triste faz revela hondos pesares:
Blanca es su barba, y su cabello cano;
y al caminar, con temblorosa mano
busca seguro apoyo en su bordón.

Por la edad agobiado y los dolores,
su pálido semblante inclina al suelo,
mas alza a veces la mirada al cielo,
buscando alivio a su aflicción allí.

Y de la tarde al rayo moribundo
al ver los muros del Sepulcro Santo,
postrado en tierra y anegado en llanto,
con viva fe cristiana exclama así:

«¡Gracias, gracias, Señor! Al fin piadoso
concedéis lenitivo a mis pesares,
pues contemplar me es dado estos lugares
que vuestra sangre divina regó.

¡Perdón, Dios de bondad! Grande mi crimen
fue, y más grande mi estúpida ignorancia:
Fui regicida, y dije en mi arrogancia
que vuestra santa mano me guió.

Amor y orgullo, con tenaz porfía,
de la senda del bien me separaron,
y en mi agitado espíritu engendraron
bárbara audacia y criminal rencor.

Mas vos, que en lo recóndito del alma
adivinar podéis el pensamiento,
sabéis, Señor, cual fue mi sufrimiento,
cuan inocente y puro fue mi amor.

¡Ay! por Blanca sentí pasión tan ciega
que nadie amar cual yo podrá en el mundo,
mas de mi triste pecho en lo profundo
tan insensato amor supe ocultar.

Ella mi reina fue, yo su vasallo;
ahogar debí por siempre este delirio,
sin que el afán pudiese ni el martirio
de su infeliz Ramiro adivinar.

Señor, por tan inmenso sacrificio,
por el dolor profundo de mi alma,
haced que sienta la apacible calma
que en mi carrera criminal perdí.

Y tú, Blanca gentil, ángel divino,
si en la etérea mansión tienes tu asiento,
une a mi voz tu celestial acento,
y de Dios el perdón halle por ti.»

Dijo: y el astro que preside al día
su postrimero rayo dio a su frente,
y aureola de luz resplandeciente
pareció de sus sienas irradiar.

Alzó de nuevo al cielo la mirada...
Su faz brilló sin sombras de tristura,
que acaso Dios desde la excelsa altura
quiso su acerba angustia mitigar.

Y con paso más firme, aunque
pausado, animoso siguiendo su camino,
viose desaparecer al peregrino
tras las viejas murallas de Sión.

Allí de hinojos ante el ara santa
acatará de Dios la omnipotencia...
¡Señor, Señor, muy grande es tu clemencia!...
¡Feliz él si consigue tu perdón!

ELVIRA DE LEDESMA

(Leyenda tercera)

A mi buen amigo el distinguido literato Señor Don Gonzalo Segovia y Ardizone, en prueba de consideración y aprecio

INTRODUCCIÓN

En las márgenes del Turia,
no muy lejos de Valencia,
ha siglo y medio se alzaba
en una risueña vega
un almenado castillo,
en cuyas ferradas puertas
ostentábase el escudo
de una casa solariega.
Triste memoria de un tiempo
en que el feudalismo era
un poder más respetado
que de los reyes la alteza,
este edificio sombrío,
con sus torres, sus almenas,
y sus góticas ventanas
que guardaban fuertes rejas,
mil historias de combates,
de invasiones y de guerras,
de doncellas y de amores
y de fantasmas sangrientas,
tal vez recordar hacía
al viajero que en la amena
margen del Turia un momento
detenía su carrera,
por contemplar las murallas
de esta antigua fortaleza.
Grietas cubiertas de musgo
y de trepadora yedra
en sus muros indicaban
del tiempo la dura huella,
o más bien el abandono
del hidalgo que viviera
en esta mansión llamada
el castillo de Ledesma.
Ya cruzar no se veían
por detrás de sus almenas

ni soldados, ni escuderos,
ni pajecillos, ni dueñas:
Y a la voz no se escuchaba
del nocturno centinela;
sólo el monótono canto
de solitaria corneja,
que de la torre en la altura
daba al viento sus querellas,
de la noche interrumpía
el silencio por la vega.
Tal vez al incierto rayo
de la luna macilenta,
los sencillos habitantes
de las vecinas aldeas
gigante espectro juzgaban
ver del Turia en la ribera,
que vagaba silencioso
por los prados y las selvas,
despareciendo a la aurora
del castillo tras la puerta.
Hoy de este edificio triste,
fantasma de la edad media,
mudos vestigios, ruinas
informes tan sólo restan.
Mas los ancianos pastores
de la comarca, recuerdan
una aventura que oyeron
contar en su edad primera,
que diz pasó en el castillo
allá por la misma época
en que la nación Hispana,
por alcanzar la diadema
al gran Carlos de Borbón,
llevó a Nápoles la guerra;
aventura misteriosa
que de sombría tristeza
llenó mi alma al oírla
referir por vez primera.
Benigno, lector, acógela,
y ojalá mi suerte sea
tan feliz, que interesarte
pueda un momento con ella.
Y por si dudas acaso,
oh lector, de su certeza,
te anuncio que yo la tengo
por exacta y verdadera:

Si es mentira otro la dijo,
yo descargo mi conciencia:
A mí así me la contaron,
y cuento lo que me cuentan.

I

LA PROMESA

Es una noche bella y misteriosa
de la apacible y grata primavera:
La brisa vagarosa
rizando va del Turia la corriente,
y al cruzar por el valle, blandamente
el cáliz besa de las gayas flores.
En las tranquilas ondas reverbera
la blanca luna, que en el cenit brilla,
convidando al placer y a los amores:
A sus inciertos rayos, de Ledesma
descúbrese el castillo,
do reina triste y sepulcral silencio.
Libre entrada a su puerta da el rastrillo
que en otro tiempo valladar seguro
fuera del vigilante centinela,
y tras del tosco, inexpugnable muro
todo parece repasar en calma:
Ni un rumor se percibe, ni un acento,
que sólo escucha con temor el alma
allá en sus torres murmurar el viento.
Mas una luz incierta, vacilante,
en una de sus góticas ventanas
trémula brilla: a su fulgor escaso
una mujer se mira que anhelante
alza sus ojos con afán al cielo,
contemplando la luna que al ocaso
entre densos vapores ya se inclina:
Dirígelos después en su desvelo
con empeño tenaz a la colina
do la senda se oculta
que al castillo conduce por la vega,
y al ver que el campo soledad respira,
en tristes pensamientos se sepulta,
y abandonada a su dolor suspira.
Mas súbito aparece en lontananza,
por alazán brioso conducido,

gallardo joven, que gentil ostenta
firme apostura y militares galas:
Más que el viento ligero
saltando va las zanjás atrevido;
a la carrera por el valle avanza,
y si enfrena un momento al noble ruto
con nuevo ardor a galopar se lanza.
Y llega; salva el puente,
y detiéndose al pie de la ventana;
y tal con voz sentida se dijeron
el doncel y la triste castellana.

EL JOVEN

Perdonadme, Elvira bella,
si a mi pesar he tardado;
es mi deber de soldado
tan cruel como mi estrella.

LA DAMA

Ahorrad disculpas, don Diego,
y confesad sin rubor
que en tanto apreciáis mi amor
como una carta en el juego.
Sola y triste, aquí alejada
del mundo, paso la vida,
como la flor escondida
y con desdén olvidada.
De mi padre al pie del lecho,
todas las horas contando,
mis días huyen, aumentando
las angustias de mi pecho;
en tanto que acaso vos,
corriendo tras los placeres,
en brazos de otras mujeres
me olvidáis.

EL JOVEN

Callad por Dios.
¿Quién por ventura os amara
cual yo os amo, Elvira mía?
Es vuestro amor mi alegría;
vuestro desdén me matara.
Mas ¡ay! que el placer que siento
junto a vos, mi dulce amiga,
pronto la suerte enemiga
lo trocará en sufrimiento

LA DAMA
¿Qué decís?

EL JOVEN
Ah, sí; mañana
debo partir a la guerra:
Italia será la tierra
do la hueste castellana,
de valor haciendo alarde,
probará a los extranjeros
que entre españoles guerreros
no existe un solo cobarde.

LA DAMA
Erais niño todavía
y ya en lid cruenta, horrorosa,
vuestra sangre generosa
prodigabais a fe mía.
¿Cuál es, cuál, la dura ley
que en lazo fatal os liga,
y a abandonarme os obliga?

EL JOVEN
La voluntad de mi rey.
Yo defenderle el primero
de sus contrarios juré,
y en Aragón peleé
como cumple a un caballero.
Allí a las voces sagradas
de «Patria y Felipe quinto»,
lanzábame al laberinto
de las huestes coaligadas.
Y del archiduque en vano
fue el empeño y fiera saña:
Rechazole altiva España
con desprecio soberano.
Mas contraria al fin la suerte
me fue en Zaragoza un día,
caí herido, Elvira mía,
y por vos temí la muerte.
Triste en el lecho postrado
lo que sufrí bien sabéis...

LA DAMA

Por piedad; no recordéis
nuestro terrible pasado.
Él aumenta mi pesar
hora que rudos azares
lejos de los patrios lares
queréis de nuevo arrostrar.
Tiemblo por vos.

EL JOVEN

Temor vano:
El cielo valor me inspira,
y vuestro amor, tierna Elvira,
me da aliento sobrehumano.
Pero muy larga mi ausencia
será tal vez, y recelo
que vuestro amoroso anhelo
quizá se entibie.

LA DAMA

Creencia
es esa indigna de vos...
De mi afecto os di ya muestra,
y os dije que a no ser vuestra,
esposa seré de Dios.
¿Dudáis de mí?

EL JOVEN

No, mi vida;
tranquilo, feliz me siento;
mas ¡ay! que el fatal momento
se acerca de mi partida.
Que vine aquí sin licencia
y del rey temo el rigor:
Adiós, pues; al nuevo albor
tengo que hallarme en Valencia.

LA DAMA

¿Tan pronto os vais?

EL JOVEN

Sí, el camino
debo emprender, se hace tarde:
Elvira, que el Cielo os guarde.

LA DAMA

¡Cuán iracundo el destino

se muestra para los dos!
¡Oh! volved pronto, don Diego.

EL JOVEN

Que no me olvidéis os ruego.

LA DAMA

Esposa vuestra o de Dios.
Alejose el doncel; con faz doliente
le vio desaparecer la castellana:
Reinó el silencio, y pura y esplendente
brilló la aurora en la gentil mañana.

II

DOÑA ELVIRA

Pasó el verano: con su niebla umbría
el invierno se acerca presuroso,
ahuyentando del campo la alegría
al embate del ábrego furioso:
Perdida ya la pompa y lozanía
contémplase del álamo frondoso,
y tórnase el arroyo transparente
en cenagoso y rápido torrente.

Ya no se escuchan en la fértil vega
del viñador los plácidos cantares;
ni el alegre murmullo de la siega,
ni la alondra trinar en los palmares:

Ya el rumor no se siente con que juega
el aura entre los olmos seculares;
sólo triste, cual fúnebre lamento,
óyese el silbo de huracán violento.

A su empuje tremendo y poderoso
las copas de los pinos sacudidas,
en sublime concierto misterioso
parece que responden conmovidas:

Las nubes en tropel impetuoso
acrecen en el éter suspendidas,
cubriendo en breve con su denso velo
el puro azul del dilatado cielo.

Y ora en airoso pabellón flotante

bellas se extienden por la excelsa cumbre,
ya cual las olas del soberbio Atlante
avanzan en confusa muchedumbre;
o ya cual fiero ejército pujante,
luchando van, y con sulfúrea lumbre
las hiende el rayo, y por su oculto seno
ronco retumba rebramando el trueno.

Cuadro de inmensa majestad sublime
que vi siempre de asombro enajenado,
y que terror al corazón imprime
del hombre que a su Dios tiene olvidado:
Tal vez el mundo, que doliente gime
en fraticidas luchas empeñado,
a tan tremenda aparición sombría
cesa un momento en su discordia
impía.

Tú eres, oh Invierno, la estación que ofrece
al corazón más hondas impresiones,
y en ti mira anhelante el que padece
la imagen de sus muertas ilusiones.
Cuando el sol a tu influjo se oscurece
y rugen los temibles aquilones,
con nuevo afán, en desusado vuelo,
elévase mi espíritu hasta el Cielo.

Sí, que en las graves horas de amargura
allí buscando amor y nueva vida,
olvidando feliz la tierra impura
sueña quizá con su mansión querida.

Tal vez de Dios la imagen se figura
por arcángeles bellos sostenida;
tal vez allí de inspiración ardiente
halla la pura y misteriosa fuente.

Mas, ¡ay! ¿adónde se eleva
mi atrevido pensamiento,
que olvido en este momento
de doña Elvira el dolor?
¡Doña Elvira!... Triste y bella
flor del viento combatida,
que va perdiendo la vida
al recuerdo de su amor.

Pasa el tiempo, y la infelice,
esperando día tras día,
comprende que la alegría
nunca podrá recobrar.
En vano la vista tiende
por la vega solitaria,
y entona triste plegaria...
¡Es su destino esperar!

Esperar sin que una nueva
feliz y consoladora
de aquel a quien su alma adora
dé alivio a su corazón.
¡Triste Elvira! ama a don Diego
y él causa su desventura,
que su silencio le augura
o su muerte o su traición.

¡Oh vosotras las que amáis
y de vuestro bien perdido
o de un esposo querido
la ausencia lloráis quizá!
Vosotras pudierais sólo
de la hermosa castellana
comprender la angustia insana
que consumiéndola va.

Sola y triste allá en la torre
de su hogar, la pobre niña,
contemplando la campiña
y del otero el confín;
o bien de su padre al lado,
paz brindándole y consuelo,
vive en amargo desvelo
sin ver de su pena el fin.

Tiernaavecilla que llora
al amante compañero
que despiadado y artero
le robara el cazador;
¿de qué le sirve la vida
si en vez de lozanas flores
halla abrojos punzadores
en su perpetuo dolor?

En vano tiende la vista

por la vega solitaria
en vano triste plegaria
murmura al pie del altar;
que pasa un día tras otro,
y a su amoroso lamento,
tan sólo responde el viento
con su eterno rebramar.

III

EL VIAJERO

Es una noche de enero
fría asaz y encapotada,
en que la luna no muestra
su bello disco de plata.
Tal vez por acaso brilla
con luz tímida y opaca
del cenit en la alta cumbre
una estrella solitaria.
Ruge el viento, y pardas nubes
cual fiero escuadrón avanzan,
desprendiendo en su carrera
menuda lluvia y escasa.
Brilla un relámpago a veces,
y retumba en la montaña
prolongado trueno, anuncio
de la tempestad cercana.
Por las fértiles llanuras
que el Türia apacible baña,
no cruza ningún viviente,
ni se oye una voz humana:
Sólo el silencio interrumpe
por la vega dilatada,
el ladrido de algún perro
guardián de las cabañas,
o el monótono sonido
de misteriosa campana,
que al rezo invita a los fieles
mientras la tormenta brama.
Mas si en el ancho camino
que se pierde en lontananza,
y que la senda divide
que conduce a la morada
de doña Elvira, se fija

la vista, cual sombra vaga
verase un hombre a caballo
que al castillo se adelanta,
y que a contemplarlo en breve
con grave ademán se para.
Después de un leve momento
de irresolución avanza;
llega a la puerta, y tres golpes
con el pomo de su espada
dando en ella, a poco rato
se escuchan breves palabras
del caballero en respuesta
a una voz ronca y cascada,
que el eco más bien de un búho
parece que voz humana.
Pasa tiempo y el jinete
tal vez de esperar se cansa,
cuando la misma voz ronca
«entrad» dice, y la ferrada
puerta, se abre y da paso
al caballero que aguarda.

Y pues entró el caminante
y la tempestad amaga,
no es justo, lector amigo,
o lectora, si eres dama,
la que el desenlace esperas
de esta historia mal contada,
no es justo a mi ver que siga
sufriendo a campiña rasa
del invierno los rigores,
cosa en verdad no muy sana.
Salvaré si así te place,
ya que tengo carta blanca
para efectuarlo, del viejo
y alto castillo la entrada;
y aquello que vea y oiga
en sus lóbregas estancias,
iréte lo refiriendo
en brevísimas palabras.

En un salón extenso y adornado
con ricos muebles y lujosas telas,
do se admiran los fúlgidos blasones
de la ilustre familia de Ledesma,
a la luz que despide el chispeante,

vivo fuego de tosca chimenea,
se ven dos hombres, arrogante el uno,
de noble continente y faz severa,
que viste el traje militar con brío
aunque más de ocho lustros representa.
De rostro enjuto el otro y agobiado
al peso de los años, manifiesta
en su triste mirada el mal terrible
y los rudos pesares que le aquejan.
Es este el noble anciano propietario
y señor del castillo y de la vega,
y aquel el caminante que ha un momento
despareció tras la pesada puerta.
Al amor de la lumbre ambos sentados,
mientras ruge a lo lejos la tormenta,
se les escucha departir con grave
y misteriosa voz de esta manera:

EL VIAJERO

Dispensadme si a esta hora
tan intempestiva vengo
a demandar un instante
vuestra atención, caballero.
De un amigo moribundo
cumplir el encargo debo,
misión para mí sagrada
aunque bien triste por cierto.
Voy de paso hacia la corte
con letras para el gobierno
de su Majestad, y quise
antes de marcharme veros.

EL HIDALGO

A gran honor tengo siempre
recibir bajo mi techo
a personas tan cumplidas
como vos, y sólo siento
no tener más digno albergue,
buen hidalgo, que ofrecereros.
Decid pues, que ya os escucho.

EL VIAJERO

¿Recordáis vos a don Diego
de Mendoza?

EL HIDALGO

Fue su padre
mi mejor amigo y deudo
a quien amé como hermano...
¡Paz hayan sus nobles restos!
Cuando la muerte cercana
vio de sí, junto a su lecho
hízome jurar que siempre
velara por su heredero:
Su voluntad he cumplido;
téngamelo en cuenta el Cielo.
Y hoy que triste y agobiado
por la edad, cercano veo
el fin de mi vida amarga,
préstame grato consuelo
saber que Diego a mi hija
ama con sincero afecto,
y que tras de breve plazo
tierno esposo de ella luego,
será su sostén a falta
de este pobre anciano enfermo.
Ved, caballero, si al hijo
del que tuve en tanto aprecio
podré olvidar un instante:
Mas perdonad si indiscreto
con mi digresión estuve...
Continuad pues, os lo ruego.

EL VIAJERO

Inútil juzgo explicaros,
pues noticia tendréis de ello
por demás circunstanciada,
el alto valor y esfuerzo,
que demostró en la batalla
de Bitonto, nuestro ejército,
por ver coronado en Nápoles
al joven príncipe egregio
que ilustra los claros nombres
de Borbón y de Farnesio.
Allí lleno de entusiasmo,
mandando los bravos tercios
de Aragón, vi a nuestro amigo,
al valeroso don Diego.
Tres veces espada en mano,
con frenético denuedo,
a las trincheras se arroja
do el enemigo a cubierto

estaba de los disparos,
y otras tantas con empeño
tenaz rechazado, viose
obligado a dar el puesto
a las tropas imperiales
a pesar de su ardimiento.
El éxito de la lucha
era por demás incierto:
Mas protegido Mendoza
por la artillería, de nuevo
entre una lluvia de balas
se lanza a romper el centro
del ejército enemigo;
lógralo al fin, y al momento
la victoria antes dudosa
se decide por los nuestros.

EL HIDALGO

¡Bravo corazón el suyo!
Es Mendoza digno ejemplo
de campeones valientes.
Mas proseguid, caballero,
que al veros tan conmovido
me asalta el presentimiento
de alguna inmensa desgracia...

EL VIAJERO

Desgracia grande en efecto.
Íbamos los dos, de orden
del general, persiguiendo
los soldados fugitivos,
cuando de un pelotón de ellos
salió una bala traidora,
que vino a dar en el pecho
de mi infortunado amigo...
Vacilar le vi, y al suelo
caer, sin que yo pudiera
remediar tal contratiempo.

EL HIDALGO

Oh, decid, ¿y fue la herida
de gravedad?

EL VIAJERO

Creíle muerto;
mas vi después que alentaba:

hícele curar, y luego
escortado fue por guardias
al cercano campamento.
Tres meses después pasaron
desde este día funesto,
sin tener noticia alguna
del infelice don Diego.
Destinado fui a Capua,
y mi inquietud y mi anhelo
aumentábanse a medida
que raudo volaba el tiempo.
El permiso logré al cabo
de conmutar en mi empleo
con un jefe amigo mío,
y pasé a Nápoles lleno
de ansiedad, y temeroso
de un grave acontecimiento.
A Montemar, el insigne
caudillo de nuestro ejercito,
me presenté, y por él supe
que Mendoza no había muerto.
Alegre corrí en seguida
a verle en su alojamiento:
Mas ¡ay! que en vez de mi amigo,
de aquel gallardo mancebo
lleno de valor y vida,
hallé postrado en el lecho
a un hombre ya moribundo,
extenuado y sin aliento,
a quien nunca conocido
hubiera en tan lastimero
estado, si de su boca
no escuchara el grave acento:
-«¡Vinisteis al fin! -me dijo-:
¡Oh! gracias a Dios que os veo.
Sentía morir sin que antes
tuviera el dulce consuelo
de abrazaros, caro amigo,
a vos a quien tanto debo.»
-¿Por qué morir? -contestele-;
desechad tal pensamiento:
Cobrad valor, que piadoso
la salud os dará el Cielo.
-«Cuatro meses ha que pugno
con la muerte, mas no puedo
prolongar más esta lucha,

terrible cual mi tormento»-
murmuró con voz tan tenue
que apenas pude entenderlo.
Y luego en tono más firme
añadió: -«Tomad, don Pedro,
dos pliegos que habrá cerrados
sobre mi mesa... uno de ellos
es mi último adiós a Elvira,
el otro es mi testamento.
Si muero y volvéis a España,
que los entreguéis os ruego
a don Cosme de Ledesma...»
No dijo más: un esfuerzo
hizo supremo, y rendido
hundió la frente en el lecho.
Entonces le alcé en mis brazos,
mas pronto advertí que en ellos
tan sólo ¡ay Dios! estrechaba
pálido cadáver yerto.
Cumplí su encargo y salí
de aquel lugar de tormento,
con lágrimas en los ojos,
y lleno de angustia el pecho.
Y fue tan fatal mi estrella,
que, ni el adiós postrimero
al pie de la tumba pude
dar a sus míseros restos;
que aquel mismo día la orden
de conducir prisioneros
recibí; partí a Sicilia,
y de allí con gran secreto
venir mandáronme a España
sin detenerme un momento.
Ayer arribé a Valencia,
y a cumplir, doliente, vengo
la voluntad de mi amigo:
Tomadlos; he aquí los pliegos.
-Y esto diciendo a don Cosme
dio las cartas el viajero.

EL HIDALGO

Asaz desconsoladoras
son en verdad, caballero,
las nuevas que me traéis,
y estas lágrimas que vierto

revelan a vuestros ojos
mi profundo sentimiento.
Mas no por causa tan triste
dejar de expresaros debo,
al par que el dolor del alma,
mi eterno agradecimiento:
Fiel vuestra misión cumplisteis
y gracias os doy por ello.
Que aceptéis hora os suplico
mi cena frugal, y el lecho
que tendréis ya preparado,
en cómodo apartamento,
por si restaurar os place
vuestras fuerzas con el sueño.

EL VIAJERO

En mucho, hidalgo, os estimo
el favor, aunque no puedo
aceptarlo, que en mi ruta
las horas contadas llevo.
Mas do quiera que la suerte
me conduzca, nunca el tiempo
borrará de mi memoria
tan cumplido ofrecimiento.
Don Pedro de Vargas soy,
y aunque poco valgo y puedo,
con mi amistad fiel os brindo.

EL HIDALGO

Y yo con placer la acepto.

EL VIAJERO

Adiós quedad, buen hidalgo.

EL HIDALGO

Guárdeos, amigo, el cielo.
Salió el caminante,
y a poco se oyeron
las firmes pisadas
del fuerte bridón;
y allá en lontananza
perdiéndose fueron,
unidas al silbo
del fiero aquilón.
Y en tanto que triste

suspiro exhalando,
el viejo doblaba
la frente al pesar;
la luz en la estancia
se fue aminorando,
y todo en silencio
volvióse a quedar.

IV

CONSUELO EN DIOS

¡Cuán triste a nuestros ojos
preséntase el camino
de la azarosa vida
si la ventura huyó!
¡Qué largas son las horas
cuando fatal destino
las gratas ilusiones
en nuestro pecho ahogó!

Son pálidas entonces
las fúlgidas estrellas,
sin brillo la alba luna
y el rutilante sol.
Abrojos halla el alma
en vez de flores bellas;
no muestra ya la aurora
su espléndido arrebol.
Feliz el que en la noche
de su letal desvelo,
el faro luminoso
de la esperanza ve:
Feliz el que olvidando
la tierra por el cielo,
ventura y paz encuentra
en brazos de la Fe.

¡Oh mágica y sublime
enseña bienhechora!
Por ti el alma cristiana
se eleva hasta el Creador;
pues eres, Cruz divina,
la playa salvadora
que el hombre halla en los mares
de su cruel dolor.

Así la triste Elvira,
que vio de su esperanza
las bellas ilusiones
cual vaga sombra huir,
la fuente de consuelo
en ti tan sólo alcanza,
y siente de amor puro
su corazón latir.

¡Ah! sí; que ya a sus manos
llegó el funesto pliego;
ya vela parda nube
la estrella de su amor.
¡Ay mísera! ¿qué espera
del mundo audaz y ciego
que al débil e inocente
inmola en su furor?

¡El claustro!... Único asilo
do la virtud preciada
consigue amparo siempre
y eterno bienestar;
el claustro sólo anhela
trocar por su morada,
su traje por el velo,
su amor por el altar.

Feliz el que en la noche
de su letal desvelo,
cual ella el limpio faro
de la esperanza ve:
Feliz el que olvidando
la tierra por el cielo,
ventura y paz encuentra
en brazos de la Fe.

No muy lejos del castillo,
en una agreste colina
que domina
desde la vega hasta el mar;
se ve un humilde convento
entre dos villas alzado,
de viejos olmos cercado
y de un extenso pinar.

Allí, del mundo alejadas,
viven en paz, venturosas,
las esposas
del divino Redentor.
Y nunca el fatal ruido
del siglo turba su calma;
que ellas tan sólo en el alma
guardan sacrosanto amor.

Allí busca doña Elvira
con puro y ferviente anhelo
el consuelo
que falta a su corazón:
Y vertiendo mudo llanto
en su celda solitaria,
alza a Dios triste plegaria
por olvidar su pasión.

¡Oh! pronto ceñirá el velo
y la corona de rosas
aromasas,
a su frente virginal:
pronto el son de una campana
sus votos ¡ay! publicando,
irá triste resonando
como un canto funeral.

Mañana tal vez por siempre
al Redentor consagrada,
su mirada
no podrá al mundo volver:
Que lejos del padre anciano,
fiel ante el ara y contrita,
sólo la imagen bendita
podrá del Eterno ver.

V
INQUIETUD Y ESPERANZA
Entretanto que la bella
y afligida castellana,
ferviente dirige al Cielo
sus amorosas plegarias,
permite, lector amigo,
que de la risueña Italia
a las hechiceras costas

te conduzca, do galana
del apacible Tirreno
Parténope se levanta,
tan hermosa como un día,
en su concha de oro y nácar,
la diosa de los amores
del mar de Grecia se alzara.

Más de un año ha trascurrido
desde el día en que la carta
entregó y el testamento
don Diego a don Pedro Vargas;
día fatal en que, atacado
de un parasismo quedara
sin sentido entre los brazos
del fiel amigo, que a España
tornó en breve, de su muerte
llevando la nueva infausta.
Al volver de aquel letargo
y al verse solo en la estancia,
¡cuánto sufrió!... Delirante
ya agitado recordaba
la llegada de don Pedro
y sus últimas palabras;
ya al parecer sumergido
quedábase en muda calma,
mas a su ansiedad volviendo
triste con afán buscaba
los pliegos, y mil sospechas
al no verlos le asaltaban.
A veces por un momento
la verdad distinta y clara
presentábase a su mente,
y ver creía su carta
en poder de doña Elvira,
que al dolor abandonada,
lloraba su amor perdido
y su perdida esperanza.
Presa de un vértigo entonces,
sobre un papel intentaba
trazar con su débil mano
breves, sentidas palabras,
y al comprender su impotencia
a su delirio tornaba.
¡Oh, cuánto sufrió en un año!
¡Qué largas son, ¡ay! qué largas

las horas para el amante
que está lejos de su amada!
¡Qué largas para don Diego,
que ni aun el consuelo alcanza
de expresar a la que adora
las angustias de su alma!

Salvo por fin de la herida,
si bien de la fiebre insana
aún no repuesto del todo
en convalecencia larga,
a partir ya se dispone
para su querida España.
Ya el bajel que le conduce,
libre de las fuertes anclas,
sereno y gentil se mece
de Nápoles en la rada:

Y dando las blancas velas
al blando soplo del aura,
lento las cerúleas ondas
surca de la mar salada.
Él, de pie sobre la popa,
fija su triste mirada
en el lejano horizonte,
ansiando ver de su patria
las bellas y alegres costas,
el cielo que nunca empañan
ni el humo de los volcanes,
ni el vapor de impuras aguas.
¡Ay! negros presentimientos
tal vez a su mente asaltan:
Quizá a Elvira se figura
por siempre a Dios consagrada
y para su amor perdida,
y triste suspiro exhala.

¡Oh nave! parte ligera,
rápida sigue tu marcha,
que el amante que conduces
vuela en pos de una esperanza.

Azul esta el cielo,
el mar está en calma,
y lánguido pliega
el viento sus alas.

Boga, boga, marinero,
deja la risueña Italia,
al dulce son no te duermas
de amorosa serenata.

Hermosa es la noche,
la luna argentada
tranquila se eleva
rielando en las aguas.
Boga, boga, marinero,
deja la risueña Italia,
al dulce son no te duermas
de amorosa serenata.

Mil quejas de amores
da el mar a las auras,
que el eco, dolientes,
repite en la playa.
Deja, deja, marinero,
esas costas encantadas,
que el doncel que va en tu nave
vuela en pos de una esperanza.

VI

LA SORPRESA

Es del mes de febrero una mañana
encapotada, silenciosa y fría,
en que la aurora entre la niebla umbría
pliega su manto de topacio y grana.

Pálido el sol desde el lejano oriente
lanza entre nubes macilento rayo,
y los bosques en lánguido desmayo
tristes le miran ocultar su frente.

Fuentes y aves, árboles y flores,
todo parece reposar en calma;
mudo reposo que entristece al alma,
imagen de la vida sin amores.

Allá del Turia por la amena orilla,
sobre noble alazán fuerte y brioso,
camina un caballero presuroso,

y la impaciencia en su mirada brilla.

Don Diego es: en su amoroso pecho
lleva la horrible duda y los temores...
¿Será que al más cruel de los dolores
sienta su corazón pedazos hecho?

Sin padres, sin fortuna, el puro anhelo
le alienta sólo de su amor profundo:
¿Qué esperanza le resta ya en el mundo
si halla a su Elvira consagrada al Cielo?

Por eso en el afán que le devora
acelera impaciente su camino,
y el velo que oscurece su destino
quisiera descorrer en una hora.

Absorto va: tan sólo el pensamiento
de hallar a Elvira cruza por su mente;
mas viene a herir su oído de repente
la lúgubre campana de un convento.

Y este son, eco triste y misterioso
de una plegaria alzada en el retiro,
le arranca a su pesar hondo suspiro,
que el céfiro recoge silencioso.

Y rendido tal vez al implacable
influjo de fatal presentimiento,
o llevado del puro sentimiento
de humillarse ante el Dios solo adorable;
su marcha, inquieto, al monasterio guía,
do en perpetua quietud felices moran
vírgenes castas, que al Inmenso adoran,
lejos del mundo y su asechanza impía.

Llega; y dejando el alazán atado
de un fuerte roble que a su paso encuentra,
en el humilde santuario entra,
siempre de dudas y ansiedad cercado.

Solitaria está la iglesia;
apenas la luz del día
por estrecha celosía
llega en ella a penetrar;
y este rayo macilento,

que confuso se distingue,
en las antorchas se extingue
que iluminan el altar.

Al verse don Diego solo
en tan oscuro recinto,
perdido en el laberinto
que su mente se forjó;
al predominio cediendo
de aquella profunda calma,
con terror vago en el alma
ante el ara se postró.

Su misterioso tañido
la campana repetía,
y acompasado se oía
flébil cántico sonar;
y este monótono acento
que hasta don Diego llegaba,
ora cerca se escuchaba,
ora lejos, resonar.

Las anchas naves, de gente
fuéronse a poco llenando;
y los cánticos cesando
viéronse al coro salir,
las vírgenes venturosas
de aquel tranquilo convento,
que vuelven con triste acento
sus preces a repetir.

Luego por estrecha puerta
que oculta en el muro estaba
y que a un atrio inmenso daba,
cual mágica aparición,
varios monjes venerables
salir al templo se vieron,
que al coro se dirigieron
cantando en místico son.

Alzose el triste mancebo
de santo temor henchido,
y a los monjes, abatido,
con planta incierta siguió:
Y del coro ante la reja
con lento paso llegaron;

y los cánticos cesaron,
y la campana calló.

En breve reinó en la iglesia
un silencio pavoroso,
y al reflejo misterioso
de trémula claridad,
bella una joven novicia,
ceñida de blancas rosas,
se vio entre las religiosas,
aún más bella en su humildad.

Y oyóse que juraba
al Eterno amor perenne,
y que el voto hacía solemne
de perpetua reclusión...
¡Ay! que al oír su voz pura
y aquella promesa luego,
sintió helársele don Diego
la sangre en el corazón.

Tal vez creyose un momento
presa de fatal delirio,
y de tan cruel martirio
quizá librarse intentó:
Y frenético a la reja
lanzose en su afán ardiente,
y extático frente a frente
de doña Elvira se halló.

No era un sueño: ora por siempre
por siempre ¡ay Dios! la perdía:
¿Quién ya en el mundo podría
sus angustias mitigar?

Triste, abatido, sus ojos
en doña Elvira fijaba,
y ella absorta lo miraba
entre dudas y pesar.

En el semblante del joven
tal ansiedad se leía
que ella con muda agonía
su dolor al comprender,
sintió su valor extinto,
desfallecida al suelo,

envuelta en el blanco velo,
vióselas en breve caer.

Entonces en el concurso
sordos murmullos se alzaron,
y en don Diego se fijaron
cien miradas a la par;
mas él sin hacer aprecio
del pueblo que murmuraba,
siniestro plan meditaba
insensato, realizar.

Fijó de nuevo los ojos
en doña Elvira un instante,
y pálido, delirante,
de la reja se apartó:
Y entre la apiñada gente
paso abriéndose, altanero,
salvó la puerta, y ligero
montó a caballo y partió.

VII

LA MANO DE DIOS

Ya con gigante paso, presurosa,
avanzaba la noche,
y del brillante luminar del día
el rayo postrimero
en su estrellado manto recogía:
Ya entre la densa bruma de occidente,
que velaba su frente,
el héspero gentil desaparecía;
cuando don Diego triste y agobiado
de su dolor al peso, entre las sombras
de un alto bosque, con incierta planta,
vagaba silencioso,
a un fatal pensamiento abandonado.

Al cansancio rendido
ya su bridón había
entre las duras peñas sucumbido;
mas él siempre guiado
por oculto designio caminaba,
y a pie y solo, del monte en la espesura
por las estrechas sendas se internaba.

Era lóbrego el bosque; por la oscura
techumbre que formaba
el espeso ramaje de los pinos
y de los viejos sauces macilentos,
apenas penetraba el tibio rayo
de la menguante luna,
y el silencio tan sólo interrumpían
de tan triste lugar los raudos vientos,
que ora leves, en lánguido desmayo,
y sonoros la selva acariciaban,
ora rudos, violentos,
los árboles con furia sacudían
y en las cóncavas peñas retumbaban.

Mas ni el horror del bosque
detiene ni el rugido
del huracán al infeliz don Diego,
que enajenado y ciego,
y abandonado a su terrible suerte,
entre sombras perdido
en su angustioso afán busca la muerte.
La muerte, sí; la horrible
y desastrosa muerte del suicida
anhela en su delirio,
que ya la dulce vida
es sólo para él atroz martirio.
¡Mísero amante! Cual la garza herida
trepando va por las gigantes rocas,
y con inquietos ojos el horrendo
precipicio midiendo
en que pueda dar fin a sus dolores.
A veces un momento en su camino
detiéndose y suspira,
y dulcemente murmurando «Elvira»,
un recuerdo consagra a sus amores,
que en acerbo pesar trocó el destino...
Mas ¡ay! que a los suspiros de
amargura
de su angustiado corazón doliente,
responde solo embravecido el viento,
como en tremendo son el mar
hirviente
del triste nauta al dolorido acento.

Y ya cerca se hallaba

de la sima espantosa
que buscaba en su loco desvarío,
para el funesto sacrificio impío
de una existencia mísera, que odiosa
era ya para él; que sólo enojos
y llanto y amargura le ofrecía;
cuando una luz incierta y misteriosa,
que en escondida cueva aparecía,
mostrose de repente a su mirada:
A contemplarla se paró un momento,
y, cual guiado por secreto instinto,
por la senda escarpada
siguió que a la caverna conducía,
y penetró en su lóbrego recinto.

Y hallose en una ermita
oculta y silenciosa,
iluminada apenas
por macilenta luz:
Del Redentor del mundo
la imagen milagrosa
allí se contemplaba
pendiente de la cruz.

Y tanta mansedumbre
la noble faz mostraba
del Celestial Cordero
y tal dolor al par,
que al verla el triste amante
sintió que comenzaba
un rayo de luz pura
su mente a iluminar.

Y mil gratos recuerdos
de su tranquila infancia
confusos le asaltaron
en rápido tropel;
y vino a su memoria
la férvida constancia
con que su tierna madre
rogaba a Dios por él.

¡Su madre!... Al recordarla
sintió calmar su anhelo,
y su delirio insano
entonces comprendió:

Y suspiró por verla
en el radiante Cielo,
y ante el altar contrito
y humilde se postró.

«Perdón, perdón, Dios mío
-clamó con triste acento-,
conozco tu clemencia,
comprendo tu poder:
Soy polvo miserable
que al soplo de tu aliento,
cual átomo en los mares,
podré desaparecer.

»Mas tú, que por el hombre
regaste en negro día
la tierra con tu sangre,
en prueba de tu amor,
la calma de los justos
concede al alma mía,
y de mi triste suerte
apiádate, Señor.

»Perdona si un momento,
tus leyes olvidando,
en mi fatal delirio
de tu bondad dudé:
De hoy más mis vestiduras
por un sayal trocando,
mi débil existencia
a ti consagraré.»

Calló el doncel: cercada
la efigie milagrosa
mostrose ante sus ojos
de célico esplendor:
Y oyó que en blando acento
voz dulce y misteriosa,
«en mi bondad confía»,
le dijo con amor.

Quedó por un instante
en éxtasis profundo
don Diego sumergido
ante el Supremo Bien;
y tal vez se alejaba

su espíritu del mundo,
abiertas contemplando
las puertas del Edén.

Y ya cuando a su vista,
cual sombra vagarosa,
desparecido había
la célica visión,
mostrose en su semblante
la calma venturosa
que plácida inundaba
su ardiente corazón.

Feliz el que en la noche
de su letal desvelo
el faro luminoso
de la esperanza ve:
Feliz el que olvidando
la tierra por el Ciclo,
ventura y paz encuentra
en brazos de la Fe.

EPÍLOGO

Han pasado tres años. Un sepulcro
del convento en la iglesia se levanta;
lámpara macilenta allí fulgura
que con su tenue resplandor lo baña.
Grabado el noble escudo de Ledesma
se ve en la blanca losa funeraria,
que los despojos de la triste Elvira
aquella tumba silenciosa guarda.
Cuando en la noche la argentada luna
por la anchurosa vega solitaria,
reverberando en el tranquilo río,
su tibia luz, benéfica derrama,
vese un monje llegar hasta el castillo
y detenerse al pie de la ventana
do en otro tiempo venturosa Elvira
a su inocente amor se abandonaba.
Quizá un recuerdo allí viene a su mente,
y hondo suspiro de su pecho exhala,
mas luego vuelve la mirada al cielo
y pausado a emprender torna su marcha.
Mírasele llegar al santuario,
ante el sepulcro detener su planta,
humilde arrodillarse, y en silencio

al Inmenso elevar tierna plegaria.
Y aparece tranquilo aunque en su frente
sus huellas el dolor dejó marcadas...
¿Quién el arcano penetrar podría
de su profunda, misteriosa calma?
Dios, sólo Dios que en la aflicción nos muestra
el puerto de segura bienandanza.
¡Dichoso aquel que en su bondad confía!
¡Alzad, humanos, al Eterno el alma!

LA PRIMERA VUELTA AL MUNDO

(Romance histórico)

Al Sr. D. Luis Vidart, ilustrado filósofo y distinguido crítico, en prueba de sincera amistad

I

ANHELO DE GLORIA

Por los evorenses campos,
a la tibia luz del alba,
con dirección a Castilla
un hombre en silencio avanza.

Camina desalentado,
la frente al suelo inclinada,
grabados llevando en ella
los pesares de su alma.

Ingratitud, desengaños
hicieron su vida amarga,
y vio eclipsarse entre nubes
la estrella de su esperanza.

Soñando glorias y aplausos,
de ignotos mares las aguas
cruzó con heroico aliento,
renombre dando a su patria.

De Hernando de Magallanes
las portentosas hazañas,

desde la India hasta Europa
veloz publicó la fama.

Mas ¡ah! que al volver gozoso
a la corte lusitana,
en vez de aplausos y glorias
tan sólo desprecios halla.

Turba vil de cortesanos,
de esos que adulando alcanzan
inmerecidos honores
y que a la virtud ultrajan,

el afecto le robaron
del confiado monarca,
y de él desdeñado al verse,
volvió los ojos a España.

¡España! que altiva entonces,
al esplendor de sus armas,
terror de reyes y pueblos,
en dos mundos dominaba.

¡España! nación insigne
que al genio acoge entusiasta,
y, al par que guerrera triunfa,
la luz del saber propaga.

Allí, al pie del regio trono,
el gran Cisneros se alza;
hijo del pueblo, elevado
por sus virtudes preclaras.

Él sólo comprender puede
de Magallanes el ansia,
su noble anhelo de gloria,
sus proyectos y esperanzas.

Por eso el audaz marino,
de alto pensamiento en alas,
apoyo busca en Castilla
para empresas arriesgadas.

Ya llega a la margen bella
del undoso Guadiana,
que entre ambos pueblos se extiende

cual ancho cendal de plata;

ya de la feliz Iberia
en las campiñas se halla,
y su frente descubriendo
con trémula voz exclama:

«¡Salve nación poderosa,
noble tierra hospitalaria!
¡Oh! dame el sostén que en vano
busqué en mi nación ingrata.

Al sabio Colón un día
tendiste tu mano franca,
y él, de tu bondad en pago,
un mundo rindió a tus plantas.

Dame acogida: mi mente
cual la suya inquieta vaga,
y el cielo muestra a mis ojos
desconocidas comarcas.

Por mí del Sur en los mares
tu enseña gloriosa izada,
aclamado en cien regiones
verás el nombre de España.»

Así dijo: conmovido
la vista tornó a su patria,
y al darle el adiós postrero
lanzó un suspiro del alma.

Dos lágrimas resbalaron
por sus mejillas tostadas,
que una historia de dolores
y de ansiedad revelaban.

Y alzábase el sol radiante
sobre la enhiesta montaña,
cuando dejó el buen marino
la orilla del Guadiana.

LA PARTIDA

Es una tarde de estío,
tarde apacible y serena,
en que el sol brilla sin nubes
y la brisa el rostro quema.

En la ciudad populosa
que el altivo Julio César
cercó de muros y torres
y que manso el Betis riega,

curioso el pueblo se agita,
y en oleadas inmensas,
del claro, apacible río
se extiende en ambas riberas.

Allí a un tiempo se confunden
el soldado con la dueña,
el noble con el pechero,
el monje con la mozuela.

Todos a un punto la vista
dirigen con impaciencia;
y unos con malicia ríen,
y otros con ardor vocean.

En el muelle de Triana
vense cinco carabelas
prestar a surcar los mares
que bañan ignotas tierras.

Las cinco dan orgullosas
al viento sus blancas velas,
y en sus mástiles izada
se ve la hispana bandera.

Mas una de ellas tan sólo
escudo imperial ostenta,
signo supremo de mando
del jefe que la gobierna.

Éste, severo y tranquilo,
a las miradas se muestra
del pueblo, que entusiasmado
y alegre le victorea.

Mas no falta entre las turbas
quien hondos temores sienta;
y, presagiando desastres,
a los nautas compadezca.

No falta quien sonriendo
suelte a críticas la lengua;
seres menguados que siempre
el genio a su paso encuentra.

-Decidme, seor soldado
-una anciana con tristeza
pregunta-, ¿dó van las naves?
¿Anuncio serán de guerras?

-Desechad vuestros temores-
el soldado le contesta-,
esas naves sólo anuncian
el alto poder de Iberia.

Ellas en remotas playas
ostentarán nuestra enseña,
la luz de la Fe llevando
y el saber que España encierra.

-Difícil, seor soldado,
y arriesgada es tal empresa;
plegue a Dios no hallen la muerte
los que buscan fama en ella.

-Si mueren... grato es la vida
dar a la patria en ofrenda;
será un altar cada pecho
do viva su gloria eterna.

Felices ellos, anciana,
que honrar a Castilla anhelan,
y altos timbres y blasones
rendir a sus plantas sueñan.

-¿Quién es el audaz marino
que manda las carabelas?-
pregunta a un paje gallardo
una recatada dueña.

-El ilustre Magallanes,
cuyo nombre es en América
y en Europa respetado
por su valor y su ciencia.

-Nunca supe que en España
caudillo tal existiera,
ni encomiado su talento
escuché, ni sus proezas.

-Buena dueña, no es extraño
lo ignoréis; lejanas tierras
descubrió, pero en su patria
no le honraron cual debieran.

Al perínclito monarca
que altivo en Castilla reina
hoy sus servicios ofrece,
y él, justo, su arrojo premia.

Ved: de Santiago en su pecho
colocó la roja enseña,
y allí del Sur en los mares
campo a su valor presenta.

-Mucho el favor a extranjeros
en la corte recomienda;
y suelen ser tales dones
de los españoles mengua.

-Callad, que injusta ofendéis

de la majestad la alteza:
Lo manda Carlos y... -Es justo:
Que humilde el pueblo obedezca.

Es justo, sí: que si el sabio
con su fama el mundo llena,
patria del sabio es el mundo:
¡Que honrado por todos sea!

Así murmurando unos,
y otros la voz en defensa
de la expedición alzando,
roncos el espacio atruenan.

En tanto el gran Magallanes
áncoras levar ordena,
y a su voz vibrante y firme
se da la armada a la vela.

Ya, cual cisnes, se deslizan
las gallardas carabelas,
del padre Betis undoso
por la corriente serena.

Brillar se mira entre todas
La Victoria, que ligera
de Juan Sebastián del Cano
obedece a la hábil diestra.

Cano, en Vizcaya nacido
y de noble descendencia,
su denuedo en la mirada
y en la alta frente revela.

Fiel y entendido piloto,
sereno al timón espera
las órdenes de su jefe,
que al punto cumplidas quedan.

Al verlos partir se agrupa
más la muchedumbre inmensa,
y agitando blancos lienzos
con gritos el aire puebla.

«¡Viva la armada española!»
Clama de entusiasmo llena;
y este viva el manso Betis
al mar en sus ondas lleva.

Mas ya los buques se ocultan
del río en las anchas vueltas,
y los vítores se apagan,
y a poco el silencio impera.

La multitud pesarosa
a sus hogares regresa;
los vio partir, mas no sabe
la suerte que les espera.

Tendió la noche su velo,

y la luna amarillenta
alumbró con tibio rayo
la abandonada ribera.

Ni naves se ven ni pueblo,
soledad profunda reina,
mas en el alma de todos
grabado el recuerdo queda.

III

EN EL MAR

Allá, van las naves bellas
por medio la mar undosa,
aguas y vientos cortando
con sus elevadas proras.

Allá van... Sólo las guía
del Sur por la extensa zona
la inmensa audacia de un hombre
sediento de honor y gloria.

Mas su espíritu sublime
con fe pura se acrisola;
él la doctrina de Cristo
llevará a playas remotas.

Por esa Dios lo protege
en su ruta peligrosa...
La cruz brilla en su bandera
y la cruz su empresa abona.

Largo tiempo ha trascurrido,
e inhospitalarias costas
sólo a sus ojos se muestran
de áridas islas ignotas.

Paso hallar para el Oriente
por el Sur sólo ambiciona,
porque dé la vuelta al mundo
la noble enseña española.

No con más ardor anhela
la tierna y amante esposa,

tras larga ausencia, el regreso
del esposo a quien adora,

que el marino lusitano
ver coronada la obra
de su arriesgado viaje
con el lauro de victoria.

¡Ay! qué mar, hondos bajíos,
tierra inculta y escabrosa,
hielo eterno, que en su marcha
le detiene y le aprisiona,

sólo mira; y en los buques
alzarse amenazadora
de rebelión la voz fiera,
pidiendo su muerte pronta.

Mas si la esperanza al débil
en los riesgos abandona,
aún más en ellos el fuerte
muestra el valor que atesora.

Alza su voz Magallanes,
y a sus parciales convoca,
y a poco la imbécil chusma
vencida a sus pies se postra.

«¡Perdón, perdón!» gritan unos;
«¡muerte, muerte!» otros pregonan,
y la inmensa mayoría
la ordenanza fiel invoca.

«Que se cumpla» clama entonces
el marino con voz ronca,
y a sus capitanes llama
y a discusión los provoca.

En el consejo opiniones,
cual siempre, contradictorias
surgen, pero vence al cabo
la justicia vengadora.

Fulmínase con presteza
la sentencia expiatoria,
que de terror conmovida

escucha la chusma toda.

Y a poco de las entenas
a merced del viento flotan
las cabezas de los jefes
de la rebelión traidora.

Tras largo, aterido invierno
su faz primavera asoma,
y rumbo hacia el austro polo
las naves de nuevo toman.

Cuatro de ellas al impulso
de los vientos salvar logran
los escollos, mas la quinta
se detiene temerosa.

Don Álvaro de Mezquita,
su capitán, a la aurora
de un día frío y nebuloso,
tras noche oscura y medrosa,

solo se encuentra en los mares;
y, sumergida la flota
juzgando, cambia de rumbo,
y la vuelta a España toma.

Presa de vagos temores
puerto al fin alcanzar logra,
do esparce nuevas que llenan
de angustia a Castilla toda.

Cada cual a su capricho
las comenta y las destroza,
que está la lengua del vulgo
siempre a comentarios pronta.

Unos creen a Magallanes
cautivo de fieras hordas,
otros náufrago le juzgan,
y su triste fin deploran.

En tanto el noble marino
salvar el estrecho logra
que dará a la edad futura
testimonio de su gloria:

E inmenso luego a su vista,
entre asombrada y dudosa,
preséntase un mar, tranquilo
cual bello lago de Escocia.

Plegaba allí el fiero noto
sus alas impetuosas,
y osaba rizar apenas
las gallardas banderolas.

¡Ni un rumor! Lentas las naos
por sus aguas silenciosas
se deslizan: Magallanes
Mar Pacífico le nombra.

Mas pasan meses, y nunca
los nautas la tierra abordan,
agua y cielo sólo miran
en muda calma horrorosa.

Ya el hambre reina en los buques,
y la peste asoladora
extiende su yerta mano,
y a cien víctimas inmola.

En tal situación, al Cielo
plegaria elevan piadosa;
sólo Dios salvarlos puede,
y humildes su gracia imploran.

¡Un día más! ¡Oh! ¿Sordo el Cielo
será a su oración devota?
¿Tendrán por premio la muerte
a su aspiración honrosa?

No, no; que a la luz radiante
del sol, que las aguas dora,
un punto se ve, que en isla
de allí a poco se transforma.

«¡Tierra! ¡tierra!» grita Cano
desde el navío Victoria,
y este inesperado grito
el gozo a los pechos torna.

Todos la vista dirigen
a la isla salvadora
y dando al Eterno gracias,
la rodilla humildes doblan.

La tarde avanza: ya llegan
a la suspirada costa,
y muéstranse a sus miradas
fértiles selvas umbrosas.

Clava en tierra Magallanes
la hispana enseña gloriosa,
y un «¡Viva España!» resuena
repetido por las ondas.

Espira el día: entre nubes
el sol al ocaso toca;
su último rayo refleja
en la bandera española.

Dichoso el bravo Marino,
de alegría el alma loca,
así dice al bello astro
que los espacios colora:

«¡Oh sol, que partes sereno
a alumbrar la culta Europa,
lleva la nueva contigo
de nuestra feliz victoria.

Sepa España que su enseña
radiante, en Asia tremola:
Di a la Reina de dos mundos
que es del mar del Sur señora.»

Quiere seguir, mas su acento
la viva emoción ahoga,
y de júbilo en sus ojos
dos lágrimas puras brotan.

Al par sus fieles marinos
cual él de entusiasmo lloran,
y tierno suspiro envían
a su patria venturosa.

Sobre ellos tranquila noche

tendió su apacible sombra,
y aún se escuchaban sus ecos,
repetidos por las olas.

IV

LA MUERTE DEL CAUDILLO

¿Por qué el pabellón los buques
bajan en señal de duelo
y en los mástiles ondean
negras flámulas al viento?

¿Por qué en los rostros se mira
de los fieles marineros
terrible ansiedad pintada
y profundo desconsuelo?

¿Ruge acaso airado el noto,
y en el mar, antes sereno,
la tempestad se desata
con ronco y temible estruendo?

No; que no empaña una nube
el azul del firmamento,
y apenas el agua riza
con blando rumor el céfiro.

¿Por qué, pues, en los semblantes
ese dolor mudo, intenso,
y esa ansiedad se retratan?
¿Por qué, por qué, justo Cielo?

¡Ay! que el sabio Magallanes,
de marinos prez y ejemplo,
lejos de su patria duerme,
duerme perdurable sueño.

Surcar mares ignorados
no era bastante a su anhelo,
dar quiso a la noble Iberia
nuevos, católicos reinos.

Y en Yubagana, en Zebut
y en Mautan, con alto esfuerzo,

propagó la ley de Cristo
entre los rudos isleños.

Empero muchos, audaces,
sus palabras desoyeron,
cerrando, torpes, los ojos
a la luz del Evangelio.

Trabose horrible contienda,
y en duro choque sangriento
allí murió por España
y por la Fe combatiendo.

Olvidados, confundidos
quedaron sus nobles restos;
ni una cruz se alza en su tumba,
ni de amor mudo recuerdo.

No su sombra sauce amigo,
extenderá sobre ellos,
ni en blando rumor sus hojas
suspiros darán al viento.

Mas, ¿qué importa, si en las almas
de sus bravos compañeros
de su valor y su gloria
viven siempre los recuerdos?

Sí, sí; buen Marino; en vano
te siguió destino adverso,
en vano te cubre el ángel
de las tumbas con su velo;

tú brillarás de la fama
en el encumbrado templo,
cual brilla espléndido Arturo
en la inmensidad del cielo.

Brillarás; pero, ¿qué digo?
¿Quién, ora, tendrá denuedo
para completar tu obra
y alcanzar seguro puerto?

Ya tres de las fuertes naves
perdidas los nautas vieron,
que nada resistir puede

a los embates del tiempo.

Una resta: poderosa
luce erguidos masteleros,
y ya sus velas extiende
al leve soplo del euro.

¿Perecerá, cual las otras,
del mar en el hondo seno,
la gloria de Magallanes
con ella desapareciendo?

No, no será: es la Victoria;
la manda piloto diestro,
que sabrá triunfar osado
de los rudos elementos.

Vedle impasible: ya ordena
levar áncoras; los riesgos
nunca el valor aminoran
de su corazón sereno.

¡Oh Cano! cántabro insigne,
de nautas claro modelo,
sigue impávido; tu triunfo
asombrará al universo.

V

EL REGRESO

Es del templado Setiembre
una apacible mañana,
de esas que lucen tan sólo
en la risueña Vandalia.

Bella se muestra la aurora
en su trono de oro y nácar;
tímida a su luz fallece
blanca estrella solitaria.

Sereno el mar las riberas
de Puerto-Lucero baña,
y en blando rumor le envía
olas de luciente plata:

Olas que al vecino bosque
lánguidos suspiros lanzan,
que amorosas les devuelven
las puras, fugaces auras.

En la florida Sanlúcar
ni un acento se levanta;
tranquila al sueño se entrega
por las ondas arrullada.

Desierto el mar aparece:
Sólo inmóviles se alzan
varias naves, allá lejos,
del Betis en la ancha entrada.

Mas súbito se presenta
negro punto en lontananza,
que va creciendo a medida
que hacia el puerto se adelanta.

Ser alto buque se observa
del sol a la lumbre clara,
que lleva gallardo al viento
cien banderas desplegadas.

Raudo la distancia acorta
que del puerto lo separa,
y mientras más se aproxima
con más rapidez avanza.

Llega al fin: los marineros
aferran foques y gavia,
sueltan áncoras, y a poco
retumban sonoras salvas;

en bronco son anunciando
cuatro cañones por banda
a la descuidada gente
la venturosa llegada.

Conmuévase el pueblo todo,
y presuroso a la playa
a saber la causa corre
de novedad tan extraña.

Todos la preguntan: nadie
razón da que satisfaga
la justa ansiedad del pueblo,
que inútilmente se afana.

Mas ya una chalupa arroja
la tripulación al agua,
y un jefe con seis remeros
el muelle del puerto gana.

Ya sube, ya le rodea
la multitud... Sus palabras
rayos son que de alegría
conmueven todas las almas.

Es Juan Sebastián del Cano,
honor y prez de Vizcaya,
que logra al fin ver, dichoso,
el puro cielo de España.

Consigo de cien naciones
trae de sumisión la carta,
digno presente que lleva
de Castilla al gran monarca.

¡Oh dicha! De gozo lleno,
el pueblo en calles y plazas,
cual mar hirviente se agita,
en confusas oleadas.

Ya el bronce herido en las torres
su voz al espacio lanza,
y a recibir sale el clero
al feliz e ilustre nauta.

Por do quier prorrumpen en vivas
la muchedumbre entusiasta,
y en ellos de Cano el nombre
sube del céfiro en alas.

Así premia justo el pueblo
su heroísmo y su constancia.
¡Felices los que tal honra
por sus virtudes alcanzan!

¡Noble España! alza la frente,

vuelve en torno la mirada:
No existe nación que pueda
eclipsar tu ínclita fama.

Tú la primera reinaste
de América en las comarcas,
mas esto a tu heroico brío
y a tu ambición no bastaba.

Era poco: ser quisiste
de polo a polo aclamada,
y altiva la vuelta al mando
dio tu bandera preclara.

¡Oh! sí; la primera fuiste
que pudo empresa tan alta,
triumfante llevar a cabo
ante la Europa asombrada:

La primera que orgullosa
miró llegar a sus playas
a los de América unidos
los ricos frutos del Asia.

¡Noble España! alza la frente;
muestra esas brillantes páginas,
do tu poderío inmenso,
do tus victorias resaltan.

Y vosotros, oh marinos,
que de su grandeza en aras
ofrecisteis vuestras vidas,
llenos de ardiente esperanza;

Magallanes, Cano insigne,
ved cuán altos se levantan
hoy vuestros nombres, orgullo
de españoles entusiastas.

Sí: que al par que cien confines
del índico mar los aguardan,
de Iberia en los fastos brillar,
entre inmarcesibles palmas.

ADIÓS A MI LIRA

Si en plácido acento
cien trovas al viento
dio, Ercilia adorada, mi labio en tu honor:
Si pude un momento
soñar con la gloria,
del vate aspirando a la alta victoria,
tú fuiste mi numen, mi estrella tu amor.

A ti fatigado
llegué, y abismado
en tristes ideas, ansiando morir:
Y al son acordado
de tu harpa de oro
lució mi esperanza, de dicha tesoro,
y en Dios confiando pedile vivir.

Y dulce consuelo
obtuve del Cielo,
la paz a mi alma, supremo favor;
y en férvido anhelo
pulsando la lira,
cediendo al encanto feliz que me
inspira,
humildes cantares elevo al Señor.

De antiguas historias
las gratas memorias
después, cara Ercilia, ansioso
evoqué.
Por ti las victorias,
por ti los amores
de cien damas bellas, los fieros
rencores
de altivos monarcas, cantar anhelé.

Y ansié en mi desvelo
el lóbrego velo
de antiguas edades, fogoso rasgar:
Y en rápido vuelo
alzando la mente,
de Grecia la sabia, de Roma potente
en versos sonoros los triunfos narrar.

Mas ¡ay! que humillado

sentime y postrado
de tanta grandeza al vivo esplendor:
En vano alentado
soñé con la gloria,
con fúlgidos lauros de grata
victoria...
Juzgueme pequeño, faltome valor.

¿Será que no alcanza
falaz la esperanza
la dicha soñada jamás a cumplir?
¿De grata bonanza
jamás en el suelo
fulgura la estrella, y sólo en el Cielo
sus rayos divinos veremos lucir?

¡Ah! sí: de la vida
la dicha mentida
veloz desaparece, cual niebla otoñal.
La imagen querida
de gloria, un momento
feliz nos halaga, mas pasa cual
viento,
el alma llenando de angustia mortal.

Tras mágica aurora
la luz bienhechora
que alumbra a los genios ansié con ardor.
Mas, ah, engañadora
de mí se retira,
y hoy triste diciendo ¡adiós! a mi lira
en ti busco amparo, consuelo en tu amor.

Ercilia, perdona
si digna corona
de triunfos gloriosos jamás te ofrecí.
Mi sien ya abatida
de nieve se cubre,
la mente sin vida
ni finge ilusiones, ni glorias descubre;
la edad de los sueños pasó para mí.

Mas tú, Ercilia mía,
serás grato puerto do busque la
calma;
serás a mi alma

raudal misterioso de eterna poesía;
y si alzo de nuevo mi canto algún día
de amor siempre un eco tendrá para ti.

Sevilla, julio